

IX BIENAL ORLANDO
NACIONAL ARAUJO
DE LITERATURA
2020

Nelson Enrique Chávez Herrera

**LA LIBERTAD SEGÚN
LOS ARAGUATOS**

NARRATIVA





La libertad según los araguatos

IX Bienal Orlando Araujo
Mención Narrativa
GANADOR 2020

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana y Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2021

La libertad según los araguatos
© Nelson Enrique Chávez Herrera

Corrección
Ximena Hurtado Yarza

Diseño de portada
Javier Véliz

Diagramación
Luis Gil

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

© Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2021
Mercedes a Luneta - Parroquia Altagracia.
Apdo. 134. Caracas. 1010. Venezuela.
Teléfonos: 0212-562.73.00 / 564.58.30
www.casabello.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal N.º DC2021001459
ISBN 978-980-01-2255-6

Nelson Enrique Chávez Herrera

La libertad según los araguatos

IX Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo

Veredicto

Nosotros, Elis Labrador; Karelyn Buenaño y Wilfredo Machado, actuando en calidad de jurados de la IX Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo en la modalidad de narrativa (cuento), una vez revisados y leídos todos los manuscritos enviados a este certamen, y, reunidos de forma virtual, hemos decidido otorgar por unanimidad el premio de la IX Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo al manuscrito *La libertad según los araguatos*, firmado bajo el seudónimo de Coromoto Montilla. Encontramos en esta obra una serie de estupendas historias cuya madurez estilística, destreza escritural y poética, la hacen resaltar dentro del conjunto de obras concursantes, así como un acertado manejo de los recursos de la ficción y de la historia. Esta obra toca muy de cerca nuestra idiosincracia como pueblo, además de entroncar con una de las mayores riquezas de nuestra tradición cuentística. Una vez abierta la plica correspondiente el ganador resultó ser el escritor venezolano Nelsón Enrique Chávez Herrera.

A los veinticuatro días del mes de agosto de dos mil veinte.

Por el jurado:

Karelyn Buenaño

Elis Labrador

Wilfredo Machado

La libertad según los araguatos

Hace varios años quisimos rescatar a Pancho, pero nos quedamos en los cálculos: ¿cuál sería el mejor recodo para introducirse de noche en el parque sin ser vistos, la herramienta adecuada para cortar la malla sin hacer demasiado ruido, la dosis precisa de tranquilizante para un animal de su tamaño? ¿Dónde liberarlo, podría sobrevivir en la montaña después de tantos años en cautiverio? Nos angustiaba verlo tan triste todo el tiempo, caminar en círculos por el pequeño espacio de la jaula, mirar a través de los barrotes el mundo de afuera, abatido de impotencia. Su alma cada día se veía más marchita, sin ánimo, su furia desmesurada cuando las personas se acercaban a lanzarle chucherías o molestarlo era bestial, síntoma inequívoco de la zoocosis; lanzaba piedras, aullaba, sacudía la reja; sus ojos abiertos desmesuradamente parecían querer salirse de las cuencas, su cara era una mueca dolorosa asolada de espanto. Queríamos liberarlo, pero nos quedamos en las buenas intenciones. Nos faltó osadía. Nunca estaré orgulloso de mi cobardía, tampoco mi amigo. ¿Finalmente pudo escapar?

Sí, una mañana. Por una abertura que logró hacer en el cimientado de la malla. Metió su cuerpo por ahí, salió corriendo y se trepó al araguaney. El director inmediatamente mandó a cerrar las instalaciones. Impartió a los vigilantes de los turnos del día y de la noche la orden de atraparlo, pero no pudieron. Pancho volaba de árbol en árbol. Resultó imposible.

La siguiente estrategia para capturarlo consistió en tratar de hacerlo bajar de los árboles con palabras melosas,

en abarrotar la jaula de sus frutas favoritas para estimular un retorno dócil al encierro. A mí me encomendaron la misión de engañarlo. Había sido la persona encargada de alimentarlo diariamente durante varios años. Pancho confiaba en mí. Se equivocaron conmigo. No quería verlo nunca más detrás de rejas. “No bajas Pancho, quédate tranquilo entre las ramas, huye a la montaña, regresa a la selva, no te dejes encarcelar una vez más”. Eso le decía. Recomendándole, rogándole, que por favor, no asustara a los visitantes. Ningún caso me hizo. Cuando las personas pretendían pasar frente a su territorio él saltaba desde los árboles sobre el camino, sorpresivamente, hecho una fiera. Les caía justo a dos metros de distancia a los intrusos para cortarles el paso, luego les lanzaba una o dos piedras de advertencia sin mucha puntería. Si no retrocedían se les iba encima corriendo en sus dos patas traseras con los brazos en alto enarbolando piedras o palos, dándose golpes furiosos en el pecho mientras aullaba amenazante. La gente obviamente se asustaba, huía en carrera, ponía la queja. Posteriormente vinieron las denuncias.

10

En vano intentaba explicarle la inconveniencia de sus actos. Inútilmente le azuzaba a internarse en la montaña, a procurarse la libertad en su espesura. Me resultaba incomprensible esa resistencia a abandonar este lugar donde le habían encarcelado desde pequeño, me afligía su negativa a dejar atrás una vida de sometimiento. Quería protegerlo de una recaptura, pero su espíritu parecía querer afirmar su libertad aquí, en este pequeño espacio del mundo, no en otro sitio. No estaba dispuesto a transigir, ni negociar, ni deseaba huir. Deseaba ser libre aquí.

Con los días, prenderlo se hizo cada vez más difícil. Parecía enterarse con antelación de los planes elaborados en secreto para atraparlo. Como sucedió aquella noche de luna nueva cuando pretendieron cazarlo utilizando unos somníferos importados, especiales para ser lanzados con rifles de mira infrarroja. Pancho se afantasmó entre las sombras. Se hizo invisible. Nadie pudo verlo en ningún árbol, ni escuchar siquiera la trémula queja de una rama, ni entre el follaje el más leve rumor de respiración animal. Los cazadores burlados peinaron el parque, lo buscaron por las adyacencias de la laguna, oculto detrás de las jaulas por donde a veces merodeaba, limando las mallas o las rejas con piedras de cuarcita, con intención de liberar a otros animales. Después de esa cacería infructuosa no le vimos más. Desapareció. Llegamos a pensar en su evasión definitiva. No era así. A las dos semanas saltó desde uno de los samanes para asustar, nada más y nada menos que a la sobrina del alcalde, una niña de ocho años de edad. Pocos días después lo acusaron de lanzar piedras a los automóviles estacionados frente a la medicatura.

—¡Imagínense! ¡Daños a la propiedad privada! —exclamó el director.

El alcalde del pueblo decidió intervenir. Susto a su sobrina, vehículos averiados, miedo generalizado en los visitantes del parque zoológico, ataques a la propiedad privada. Pancho se había convertido, según acusó el burgomaestre llenándose la boca de grandilocuencia, en un problema de seguridad, en una amenaza pública. Acto seguido contrató mercenarios. ¡Infame! Lavó sus manos con pedantería discursando haber restablecido el orden público. Eufemismo para no decir asesinato, masacre.

Los matones ingresaron en el parque zoológico bien temprano esa mañana, armados hasta los dientes. Dos horas después, tras de una persecución implacable, un combate a muerte de plomo contra piedras, balas contra frutos, pistolas contra ramas, fusiles contra palos, varios heridos, Pancho yacía tendido bajo el araguaney, con una herida de bala atravesando su cuerpecito a la altura del pulmón. Quedó mirando hacia la laguna, con los ojos aguados, empuñando unas flores de su árbol favorito. Libre, finalmente libre, como debe vivir y morir un araguato.

El pueblo donde mataron a Dios

Fui hasta San Fernando de Atabapo para averiguar sobre Funes, “el terror del Amazonas”, pero me encontré con otra historia. Inquietante como las repeticiones aleatorias.

El viaje respondía seguramente a una pulsión atávica. El sonido de las palabras puede llegar a tener un peso inconfesable. Después de leer *La vorágine*, la sonoridad del nombre San Fernando de Atabapo pulsó en mi configuración como una fuerza poderosa, una invocación, acaso un llamado. En tanto la efigie del coronel José Tomás Funes se erigía como manifestación febril de la violencia, parte ineludible del enigma contenido en la expresión “naturaleza humana”. Por estas razones un tanto metafísicas, más otras innecesarias de enumerar, un cuatro de julio, el día anterior a la Declaración de Independencia, me embarqué hacia la antigua capital del estado Amazonas.

Una familia indígena cautiva en su curiosidad ante mi extraña búsqueda, aceptó transportarme generosamente. Cinco tripulantes, incluido el piloto, ocupábamos el bongo.

Salimos del atracadero del puerto de Samariapo, zigzagueando lentamente para eludir las numerosas embarcaciones cargadas de alimentos, materiales de construcción, bidones de combustible. Atravesamos cautelosamente el angosto brazo del río colmado de manglares, hasta ingresar, maravillados, en el inmenso caudal de La Gran Serpiente Enroscada, nombre dado por el pueblo tamanaco al imponente Orinoco. Navegar por primera vez el río más caudaloso del mundo me hizo sentir insignificante. Sobre la inconmensurable fuerza de sus corrientes experimenté una

sensación quizá primitiva: de miedo y fascinación simultáneas, perplejo ante la fuerza de la naturaleza. La selva en la orilla izquierda era espesa, colmada de árboles gigantes cuya maraña dibujaba en las márgenes del río un muro vegetal relleno de sombras. Dado el vasto caudal, de la otra orilla solo alcanzaba a divisarse una línea borrosa, difuminada entre cielo y agua.

Cerca de Isla Ratón una bruma blanca vino a nuestro encuentro flotando a ras de las aguas turbulentas, como un velo vaporoso, arrastrada suavemente por la brisa. Las nubes en la lejanía formaban cúmulos sombríos. Una grisácea cortina de agua podía advertirse en lontananza y entre el oscuro telón de lluvia torrencial, los fogonazos, la electrizada luz de los relámpagos rasgaba la insondable bóveda del cielo. En adelante, con toda consciencia, singlábamos directo hacia el encuentro con la tempestad.

Un vendaval arrojándonos la lluvia contra el rostro a gran velocidad fue el preludeo de la entrada a la garganta bronca. Metidos en las fauces de la tormenta, el bongo azotado por los vientos amenazó con zozobrar. La pequeña embarcación oscilaba en el oleaje embravecido obstinado en replicar en el agua la combustión de los cielos. Tal vez por los nervios empecé a sonreír como un demente, afrontando el temporal sentado en la proa cual si este fuera el último, a la espera de la peor consecuencia. El agua de la lluvia y de las olas terrosas me golpeaba en la cara con furia, las uñas se clavaban por instinto en la madera de la embarcación atenazándola. Iba amparado en la inconsciencia cuando vi a la señora Faustina, majestuosa a sus más de ochenta años, sentada en medio del bongo sobre una silla endeble, cubierta con un delgado plástico,

soportando imperturbable los embates del temporal, con la mirada fija atravesando la borrasca. Entonces pensé: si ella mantiene esa entereza saldremos de esta. Quebrarme o temer se me antojó ridículo.

Media hora después de esta travesía estremecedora escampó. El mundo pareció aquietarse. Envueltos en esa calma aparente cruzamos por enfrente del Raudal del Muerto, absortos en mirar su oleaje enredado de borbotones. Genera temor ver de cerca esta especie de portal hacia el abismo en la mitad del gigantesco río, escuchar el regurgitar de un remolino capaz de tragarse una embarcación de mediano calado cual si fuera un barco de papel.

En San Pedro del Orinoco desembarcamos. Nos detuvimos a visitar a una hermana de Andrés Evaristo, hija de la señora Faustina, profesora en la escuela de este pequeño pueblo ribereño. Almorzamos en su casa una sopa de gallina hecha en fuego de leña, protegidos por una gigantesca quema de ramas para espantar las nubes de jejenes. Media hora después de zarpar desde San Pedro todavía iba extrayéndome agua amarilla de las rosetas provocadas en los brazos por las picaduras de los mosquitos quemadores, cuando repentinamente regresó la lluvia, persistente, abundante, suficientemente densa como para entorpecer la marcha. Atrapados en la lentitud forzada de la navegación, la noche se abalanzó sobre nosotros de improviso, quedamos en medio de la oscurana, como si nos hubiera caído encima una piedra de azabache. Navegábamos lentamente por entre la lluvia blanca, a oscuras, cubiertos de sombras, casi a merced de las tinieblas, tanteando el rumbo. Por suerte la benigna aparición de la luna colgada como un candil en el firmamento vino a esparcir sobre el

río una alfombra luminosa, erigiéndose en nuestra guía hacia el destino incierto. Uno nunca sabe si podrá llegar al lugar a donde intenta ir. Viajar es una apuesta hacia la incertidumbre. Después de bordear una isla de roca coronada por la Virgen del Carmen, la embarcación dejó de avanzar. Empezó a retroceder dibujando un círculo. Metí la mano en el agua y la sentí dando giros. El agua daba giros. Se me salió de la boca un nervioso “estamos retrocediendo en círculos” y Andrés Evaristo me respondió que estábamos atrapados en medio de uno de los raudales más peligrosos de la ruta. La corriente nos arrastraba hacia el ojo de un remolino en el centro del río. El capitán, sin dudar, apagó el motor, dejó el bongo a merced de la corriente. Esperó el momento cuando la embarcación siguiendo el curso circular del remolino se echara levemente hacia adelante y encendió la máquina para avanzar con pericia unos metros. Debajo del bote la corriente giraba con fuerza. Estaba asustado. Enmudecí escuchándome el corazón. Nadie hablaba. El piloto necesitaba este silencio para escuchar las aguas, sentir las hacer el círculo para apagar y encender el motor en el momento justo. El río quería hundirnos, pero el experimentado capitán, leyendo con todo el cuerpo la corriente, a ciegas repetía una y otra vez la maniobra de apagar y encender el motor sin perturbarse, para avanzar un poco, hasta lograr finalmente sacar la embarcación de la vorágine. El nieto de la señora Faustina y Andrés Evaristo rompieron el mutismo del pánico con un grito jubiloso, elogiando escandalosamente a nuestro capitán como al mejor navegante del padre río Orinoco. No lo puse en duda. Tenía el corazón en la lengua. Salir del remolino de un raudal orinoquense, a ciegas, en mitad de la oscuridad en una noche lluviosa, no cualquiera lo consigue.

Después del susto, cerca de la medianoche avistamos las luces de San Fernando de Atabapo; brillaban como un camino de diamantes. Nos desviamos del padre Orinoco hacia la derecha para entrar a remontar la corriente del Guaviare. Seguidamente giramos hacia la izquierda para entrar en la corriente de un río absolutamente negro pero asombrosamente cristalino, encantado en duplicar la estrellada bóveda infinita en su espejo de obsidiana. Era el río Atabapo. Embocamos por sus caños colmados de manglares tanteando con los canaletes la profundidad del fango, apartábamos las ramas con varas de madera o con las manos. Íbamos bogando lentamente, con toda precaución, en suspenso, cuando un trinar emergido de la profundidad del agua, emulador de una bandada de aves sumergidas, me aleló en medio del mundo. Me antojé engañado por una percepción ilusoria, producto del cansancio, pero mis compañeros me corrigieron. No deliraba. Era el tintinar de las toninas dándonos la bienvenida en su lenguaje misterioso en mitad del silencio y de la oscura noche. Finalmente, luego de bogar por los caños casi veinte minutos, arribamos al patio de la vivienda de mis anfitriones, hasta donde llegaba un brazo del río. Me recibieron cariñosamente, como a uno más de los familiares que retornaba a casa cansado del largo viaje. Quizá así era. Cenamos casabe, comimos pescado, bebimos cachire. Me asignaron como cama un chinchorro colgado de las vigas de un corredor, en la parte posterior de la vivienda, junto al solar, cerca del agua. Pernocté arrullado en los trinos infinitos, en los croares graves, en los aullidos lejanos, en el rumor de la corriente, extasiado en los húmedos aromas vegetales. Una suave brisa seguramente me empujó definitiva hacia la profundidad del sueño.

A la mañana siguiente caminé hasta la plaza en la que, el treinta de enero de mil novecientos veintiuno lo fusilaron. Aún está viva la raíz del árbol de sarrapia donde el coronel permaneció amarrado esa mañana, hasta cuando el también coronel Emilio Arévalo Cedeño ordenó finalmente la mortal descarga de fusilería. Cuentan que José Tomás Funes pidió ser fusilado sin venda en los ojos para así poder mirar a sus ejecutores a la cara. Ese fue su último deseo. Entrevisté al sacerdote, varios paisanos, a uno de sus descendientes. Más allá de cuanto me hayan dicho, por demás interesante, los tres me recomendaron visitar a Pascual Silva. Rumbo a la casa del cronista del pueblo rumiaba sus testimonios pensando en esos tiempos, en el genocidio perpetrado durante la explotación del caucho o árbol que llora. Ensimismado crucé frente a las bodegas repletas de frutas, acompañado el tranco por la voz de los pregoneros que vendían a gritos el pescado fresco arrastrado en sus carretas de madera, y deteniéndome a leer los letreros pintados en las paredes, escritos en idiomas curripaco, panare, piaroa. Como el cunaguaro en busca de sombras me escurrí por las calles luminosas tratando de escapar de los rayos del sol, sin poder evadir, ni por asomo, el vaho caliente de la selva, su húmeda respiración envolvente y soporífera.

18

La vivienda del cronista estaba cerca del río. Llamé a la puerta con los buenos días. Su señora esposa salió a recibirme y, enterada de mi búsqueda, amablemente me invitó a pasar. Sentado en la sala vi venir hacia mí desde el solar de la casa a un ser humano gigantesco con la piel de bronce y el cabello blanco. Pascual Silva resultó sonriente, amable, sencillo, como suelen ser los hombres sabios. Me refirió haber compuesto varias canciones a peces del río,

como el pavón, aves, como el piapoco, ser autor de varias obras de teatro para su trabajo con los niños y las niñas de la escuela en este pueblo, donde sirve como profesor.

–Así que viniste a averiguar sobre Funes.

–Cuanto pueda saberse, señor Pascual.

–Hombre querido, respetado. Los viejos de antes se molestaban cuando alguien se atrevía a hablar mal del Coronel. ¿Dónde te estás quedando, muchacho?

–En casa de Andrés Evaristo. Él me trajo desde Samariapo. Venía con su madre, la señora Faustina, con un sobrino suyo adolescente, más un piloto muy bueno, mentado el Capitán.

–¡Ah... los Evaristo! Ellos son de Cacahual, el pueblo donde mataron a Dios.

–¿¡El pueblo donde mataron a Dios!?! ¿Cómo es eso, señor Pascual?

–Hace muchos años, allá por los años treinta, remontaba el río Atabapo un hombre en un bongo tocando tambores, y decía que era Dios..., y la gente le creía. Le entregaba ofrendas, le rendía tributo. Venía cada año ese hombre. Apenas las personas escuchaban el repique del tambor subiendo por el río, surcando la selva montado sobre el viento, se asustaban. Gritaban “¡Viene Dios, ahí viene Dios!”, corriendo a buscarle el mejor mañoco, las mejores piñas, la mejor manaca, el mejor casabe y las mejores carajitas; porque a ese dios también le gustaban las mejores carajitas.

Sucedió así durante tres años. Ese hombre venía, recibía regalos, se iba, regresaba. Hasta que un día, a un pariente de la comunidad se le ocurrió dudar. Usted sabe,

amigo, cuando un hombre o una mujer dudan, es porque se están haciendo hombres o mujeres de verdad.

Así que al año siguiente, cuando el eco del tambor remontó el río arrastrado por la brisa, viajando a ras del agua o zigzagueando por entre los árboles hasta llegar a los oídos de la comunidad, cuando las personas inquietas corrían de un lado a otro voceando asustadas:

—¡Viene Dios, ahí viene Dios! Afanadas en buscar el mejor mañoco, la mejor manaca, las mejores piñas y las mejores carajitas, para ofrendar a ese dios, José, así se llamaba el hombre que dudó, se dijo a sí mismo:

—Bueno, si en verdad es Dios, no le va a hacer daño un poco de mi camajay.

Con esta idea en mente se metió en su casa, se sentó a triturar las hierbas, a pulverizar las raíces junto con las semillas, dispuesto a preparar el veneno siguiendo respetuosamente, palabra por palabra, la receta ancestral. Finalizada su elaboración, fue a ponerse a la vera del camino por donde la gente pasaba corriendo con las ofrendas para el dios, y cuando una de las muchachas pasó por enfrente suyo llevando en sus manos una tapara rebosante de manaca, él, disimuladamente, le soltó en la totuma un poco de polvo de camajay que llevaba escondido entre las uñas. La mujer ni cuenta se dio, llevó a ese dios la bebida refrescante, este recibió el presente con una sonrisa socarrona, acarició morbosamente la mejilla de la jovencita y empezó a beberse la manaca, pero alcanzó a tomarse nada más media tapara y cayó muerto.

La gente al ver a ese dios tendido sobre la roja tierra arcillosa se asustó Empezaron a gritar:

–¡Matamos a Dios, matamos a Dios!

–¿Pero cómo?, ¿cómo pudo ser? –se preguntaron.

–Yo creo que José le echó algo a la manaca, –dijo la muchacha asustada, todavía dudosa, intentando hacer memoria.

La comunidad enseguida fue en busca de José. Él estaba tranquilo en su casa, sintió la algarabía, vio venir a los parientes en cambote y les salió a su encuentro. Le preguntaron:

–¿Qué le echaste a la manaca, José?

–Camajay –respondió tranquilamente.

Todo el mundo quedó en silencio.

–Pero bueno parientes –prosiguió José–, ¿no decía que era Dios? Si hubiera sido Dios no estaría muerto.

La comunidad en su desconcierto se quedó pensativa. Se retiró unos metros para deliberar en asamblea. Después de unos minutos regresó, para comunicar a José la decisión tomada:

–Es verdad, tienes razón José, pero igual mataste a un hombre, ¡así que vas preso!

Tres hombres de la comunidad se llevaron a José detenido para juzgarlo en Ciudad Bolívar. Esa misma tarde se embarcaron en una curiara río abajo. Sin embargo, en esa época, ir desde Cacahual hasta Ciudad Bolívar podía tardar meses, según fuera invierno o verano; no había motor, el viaje tocaba a remo, a canaleta, no estaba hecha la carretera de Puerto Ayacucho a Samariapo. Los raudales de Atures debían pasarse a pie, vadearlos por la montaña, cargando la curiara en hombros o sobre las cabezas, entre

varias personas, por esos caminos fangosos, anegados, enmarañados de selva. Llegados a Ciudad Bolívar metieron a José en un pequeño calabozo. Cuentan que ese hombre angustiado no durmió en toda la noche. Dicen que se la pasó mirando hacia el río por entre los barrotes de la ventana, seguramente escuchaba su corazón, contemplaba el cielo inmenso, ponderando el valor de la libertad cuando la vio perdida. Al día siguiente bien temprano, fue presentado a los tribunales. La jueza, cuentan los más viejos, escuchó atentamente la declaración de José, se reunió con las personas integrantes del jurado y sentenció:

—¡Nooo, señores! ¡Este hombre es inocente!

José fue puesto en libertad inmediatamente y con los mismos parientes que le habían traído detenido hasta Ciudad Bolívar como reo, se regresó para su pueblo siendo un hombre libre. El mismo camino, pero de vuelta, remontando las corrientes.

El arribo a Cacahual ocurrió una tarde antes del crepúsculo, cuando el sol en el poniente iniciaba su descenso reverberando como oro derramado sobre el negro y cristalino río. A esa hora las toninas jugueteaban dando pequeños saltos sobre el agua, como intentando atrapar retazos del cielo refulgente teñido de arboles. Las mariposas azules ondulaban sobre la corriente cerca de la orilla en señal de bienvenida a los viajeros, miríadas de cocuyos encendían y apagaban sus cuerpos preludiando entre el susurro de la selva la caída de la noche. Nada más atracar el bongo con sus tripulantes en el muelle, un rugir bronco de araguatos retumbó en la manigua.

El pueblo parecía abandonado. José descendió de la curiara, expectante. Puso el pie en la arena verificando

en esta la marca de su huella, receloso, cual si regresara abrumado de un profundo sueño o retornara encandilado de una revelación. En el puerto no había nadie. El viento deambulaba silbando por la soledad de las calles. Ninguna persona estaba en las casas. José buscó afanosamente a sus parientes por todas partes para darles la noticia de su inocencia. Finalmente, en un claro de camino a la montaña, halló reunida a la comunidad entera. Les encontró arrodillados. Oraban ante una capilla de piedra levantada para honrar a ese dios a quién él mismo, en presencia de todo el pueblo, había dado muerte.

Incrédulo, comprobó que lo seguían adorando... Y hasta el día de hoy lo adoran...

La niebla se fue cerrando

A todos nos entró miedo cuando nos citaron a esa reunión. Imposible negarse. La pregunta era ¿qué quería esa gente de nosotros?

La niebla vino a nuestro encuentro después de pasar los últimos cafetales. Bajaba sigilosa desde las tierras altas empapando el campo con su cuerpo frío. En el ascenso aumentó su densidad. Se fue cerrando sobre nosotros hasta tupir los contornos. Hasta oponer a la mirada una pared blanca impenetrable, empecinada en no dejarnos ver a más de tres metros. El frío aumentaba. La tierra del sendero era un barro arcilloso donde las pisadas se hundían. A nuestro paso quedaban las improntas de las huellas que horas más tarde la lluvia intentaría borrar.

Anoche llovió con helada –pensé, absorto en devaneos–. Minúsculas esferas de granizo atravesadas por la luz del sol brillaban como cuarzos entre la hierba de los potreros, sobre el pasto grueso apostado a orillas del camino. El agua congelada colgaba de los alambres de las cercas formando estalactitas y cortinas de hielo donde la luz se fragmentaba. Sentí los pies fríos, las medias empapadas, una ranura en la suela de mi bota permitía las filtraciones, los dedos de los pies empezaron a entumecerse, pero ni forma de mostrar debilidad si los más viejos del grupo no emitían ni una queja. Caminaban sin vacilaciones con el mismo paso de arriero de mi padre. Él fue quien me enseñó este oficio. El mismo de estas personas con quienes transito por entre la densa niebla tanteando el sendero hacia el páramo, rumbo a la cita con la gente.

Desde niño observé a mi padre sembrar frijol, cebada, papa, trigo. Ayudé a criar ganado, cuajar quesos, moldear papelón. Teníamos vacas, ovejas, caballos, gallinas, cochinos, conejos. En los retazos de mi memoria veo a mi padre marcharse por los caminos del páramo hasta diluirse en la neblina. Lleva una recua de mulas cargadas con panelas, quesos, huevos. Irá por la ruta de las “lagunas del color de los puñales”. Irá por el filo de la cordillera. Se detendrá en cada cruce de caminos para asegurar la carga, bajará pausado con las bestias ariscas dando tumbos por las picas sinuosas, siguiendo la vena de los ríos que descienden cantarinos desde las montañas hasta la llanura fértil. Serán varios días de caminata.

Puedo verme en los días de espera. Una telaraña congelada dispuesta entre los alambres de una cerca me detiene. La golpeo. El hielo salta hecho añicos como si hubiese roto un cristal con una bala y la telaraña queda entera, vibrando. Imagino a mi viejo subiendo por los callejones con el arreo de ganado, trasegando voces entre el llano y la montaña, entregando encargos de telas, víveres, juguetes, jabones, mientras resguarda de la humedad las pilas para su radio de onda corta alrededor de cuyas voces se reunirá la comunidad para escuchar junto al fogón de leña las noticias del mundo. Fue así hasta el día cuando recrudeció la guerra por estos campos y hasta la radio pasó a ser sospechosa.

Como muchas familias campesinas de estas tierras, quedamos atravesados en medio del conflicto armado, acusados de cooperar con un bando o con el otro. Mi padre prefirió vender la finca a un precio ridículo, sintiéndose obligado como jefe de familia a preservar nuestras

vidas. Nos mudamos a la población más cercana, a una casa grande de zaguanes y patio central, repleta de fantasmas. Papá abandonó el oficio de arriero, aunque siguió negociando con ganado. Abrió una carnicería en el pueblo. Antes de la adolescencia yo había aprendido a matar, despresar una res, quitarle el cuero sin dañarlo, venderla kiliada por cortes. Padecí de la misma soberbia de muchos jóvenes, un día me avergoncé de mi viejo, me creí más inteligente, mejor capacitado para manejar el negocio. Especialmente cuando descubrí que pesaba mal, siempre en contra suya. Le supuse senil, perturbado por el abandono de la tierra, afectado por la guerra, perdiendo paulatinamente el juicio. Hasta descubrir las razones verdaderas. Pesaba mal porque quería ayudar a las familias más necesitadas del pueblo de la mejor manera como puede hacerse, sin permitirles darse cuenta de que están siendo ayudados, para así evitarles la vergüenza de sentirse en deuda, para eludir la tentación de envanecerse porque le creyeran bueno, peor aún, llegar él mismo a sentir que lo era.

Nada más coronar la cuesta apareció la gente saliendo de entre la neblina como espíritus hechos de la misma materia. La gente domina las sendas de la montaña de tanto recorrerlas, permanecen enterados de cada movimiento de personas o animales cual si en todas partes tuvieran ojos, por eso llegan antes a todos los lugares. Conocían nuestra hora de salida, el momento del cruce por los cafetales, el tranco, el paso que traíamos caminando. Eran precisos como relojes. Nos orientaron. La niebla en la cima se disipaba en una humareda fina dispersada lentamente por la brisa. Embocamos a bajar por un sendero rodeado de eucaliptos. Su aroma nos acompañó un buen trecho. Entramos en un bosque de robles colmado de ardillas que

volaban entre las ramas e inquietas roían bellotas, caminamos sobre un tapiz de hojas secas que crujían a nuestro paso bajo los árboles gigantescos, escuchamos expandirse el eco rotundo del picotear de un carpintero, el zumbido de un panal de abejas en plena jornada de trabajo. Al salir de la arboleda avistamos la pequeña casa con paredes de tapia. Era ese el lugar del encuentro.

La gente nos esperaba, nos recibió con respeto, nos agradecieron por venir, nos invitaron a pasar a la cocina de leña para agarrar calor. Nos sorprendió gratamente su amabilidad, traíamos frío, estaba bueno beber algo caliente, hacernos cerca del rescoldo del fogón para abrigarnos. Las mujeres sirvieron agua de panela hirviente, arepa de trigo, nata, queso fresco. La conversación dio inicio con nuestros elogios a la comida, giró hacia el camino humedecido, la granizada de anoche, la admirable resistencia física de los viejos. Entrados en confianza, la gente nos confesó el motivo de la reunión: querían proponernos conformar una cooperativa.

–Muy bien, señores. Pero ¿cómo es eso? –preguntó el viejo Nicanor.

–En principio –dijo el vocero de la gente–, deben armarse una caja de ahorros, como cooperativistas. Cada uno puede aportar tres mil semanal, por seis que son ustedes, la caja arrancarí­a con un plante de setenta y dos mil, nada más el primer mes. ¿Vamos bien? –preguntó.

–La cuenta está bien, pero no entendemos completo –respondió Nicanor, quien llevaba nuestra voz por acuerdo previo.

–La idea es entreayudarse. Aprender a aprovechar su fuerza como colectivo. Nosotros sabemos quiénes les están

comprando los cueros del ganado, cuánto les pagan por cada uno, a qué precio los venden en la capital. Ustedes pueden comercializar esos cueros sin intermediarios, nosotros podemos ayudarlos, recomendarles a una persona de confianza que transporte esas pieles hasta la capital, las venda a un precio justo y comparta con ustedes las ganancias, mientras ustedes pueden comprarse un camión propio de la cooperativa. Quienes les están comprando los cueros, ustedes saben quiénes son, los están robando. Averigüen por cuenta propia si quieren, podemos facilitarles las direcciones, los teléfonos de los almacenes donde esas personas venden. Esta es una de las propuestas para la cooperativa, claro está, solo se hace si todos ustedes están de acuerdo.

Acordamos con una mirada.

—Nos suena bien la propuesta, señores —apuntó Nicanor—. ¿Entonces será ver, cuándo arrancamos?

—Ya arrancamos —añadió el vocero, mientras la gente sonreía complacida—. Una cosa más queremos proponerles. —Sorbió un poco de café negro—. Sabemos que el señor Nicanor es quien más vende de todos ustedes. Vende cuarenta arrobas diarias, ¿no es verdad señor Nicanor?

—Eso vendo —respondió el viejo.

—Olinto vende treinta y cuatro; Alirio, treinta; Pedro, veintiocho; Emiro, veintiséis; Vicente, doce. ¿Es correcto?

—Cabal —respondimos. Esa gente estaba bien enterada.

—El problema es que Vicente, quien menos vende, es quien tiene más obligaciones: cinco muchachos. Tres niñas y dos niños. ¿No es así Vicente?

Vicente asintió con la cabeza.

—Por eso queríamos proponerles lo siguiente, como cooperativistas: que Nicanor venda treinta y cuatro; Olin-to, treintaiuna; Alirio, veintiocho; Pedro, veintisiete; Emi-ro, veinticinco. Si el consumo de carne se mantiene en el pueblo, Vicente pasará a vender veinticinco arrobas dia-rias. Así podrá cumplir mejor con sus responsabilidades: darle buena comida a esos muchachos, comprarles ropa, buenos zapatos, enviarlos a estudiar con los útiles esco-lares completos. Otra vez, nada más, si están de acuerdo.

Ninguno se negó.

—El interés no es perjudicarlos —prosiguió el vocero. Por eso pensamos en ayudarlos a comercializar por uste-des mismos los cueros, pues por ahí pueden con seguridad aumentar los ingresos, recibir un dinero con el que ahora no cuentan. Nuestro propósito es ayudarlos a organizarse.

Con ese acuerdo concluyó la reunión. Pasados quince días empezaron a verse los resultados. Esa gente era di-ciendo y haciendo. Nos quedaba el triple de ganancias por la venta de los cueros. Vicente vendía las arrobas calcu-ladas, su señora estaba agradecida, las niñas y los niños contentos estrenando ropa, morrales, cuadernos. A veces tenemos tan cerca a las personas, que olvidamos ver su necesidad. Eso pensábamos. Felices por nuestro compa-ñero, por su familia, por nuestra propia transformación. Luego ocurrió un evento sorpresivo, desagradable en su momento. La gente nos mandó a pedir prestados setenta y dos mil exactos. El total del monto ahorrado el primer mes. No sabíamos si nos estaban confiscando el dinero, si en verdad era prestado o si todo había sido una trampa. Sin manera de negarnos, enviamos el dinero solicitado.

Pasado un mes nos citaron nuevamente. En otra vereda. Bien arriba del pueblo. Esta vez íbamos desanimados. ¿Qué nos irían a pedir ahora?, pensábamos.

La reunión convocada era para pagarnos. Nos tenían completo el dinero, más unos intereses que nos negamos rotundamente a aceptar. Nos quisieron poner un cebo, probarnos con eso de la cooperación, eso conversábamos de bajada, entre risas, después de subir a la montaña arropados por el miedo y por la desconfianza.

Seguimos trabajando con las recomendaciones de la gente. Los ahorros aumentaban día con día, faltaba poco para comprarnos el camión de la cooperativa, andábamos animados, pero la vida, en su infinita posibilidad, tenía cosas por decir. Se nos murió Vicente. Un lunes. De un infarto. Era un hombre joven. Saludable en apariencia. De inmediato la gente nos citó. Fue entonces cuando entendimos mejor el asunto del cooperativismo.

—Los citamos por la muerte de Vicente —empezó diciendo el vocero—. Como ustedes saben, su esposa queda sola a cargo de los cinco muchachos. Queríamos preguntarles, ¿qué han pensado hacer?

30 Olinto propuso pagar el entierro con los ahorros de la cooperativa. Yo sugerí enseñarle el oficio a la viuda, capacitarla para poder encargarse del negocio en tanto uno de sus hijos o de sus hijas tenía la edad para enseñarle. Nicanor planteó la necesidad de regalarle un novillo para ayudarla a hacer el plante. Todos estuvimos de acuerdo con las propuestas y vimos a esa gente contenta porque, al parecer entendíamos muy bien este asunto del cooperativismo.

Después del entierro de Vicente, su viuda empezó a encargarse de la carnicería. La apoyábamos en cuanto podíamos. Estábamos pendientes. Todo iba bien. Hasta la avanzada del Ejército Nacional. Entonces todo cambió. Bombardeos en las montañas cercanas, centenares de muertos, decenas de familias desterradas llegando con sus corotos en bestias, o huyendo con la sola ropa puesta. Niños aterrorizados por la violencia y las atrocidades de la guerra, el pueblo militarizado, los hospitales colapsados de heridos: se jodió todo.

Para completar, en medio de estas tragedias nos llegaron los militares. Una mañana del día lunes nos visitó un teniente, jovencito. Esperó hasta vernos cerrar los negocios. Nos reunió. Levantó la voz como un patrón y casi a gritos nos espetó a la cara saber de muy buena fuente, que entre nosotros había colaboradores de la guerrilla. Afirmó tener testigos de nuestras reuniones; advirtiendo en tono de amenaza que según las leyes vigentes de la república, una conducta semejante se juzgaba como traición a la patria, como terrorismo. Yo, adivinando por dónde venía, me adelanté a sus conclusiones:

—Mire, mi teniente, con todo respeto —le dije—. Usted, básicamente me está señalando a mí, porque soy el más joven. Quizá a Olinto. Porque no creo que usted se imagine a uno de estos viejos, cuando el menor pasa los setenta y cinco años, con un fusil y una mochila al hombro corriendo por la montaña enguerrillado. ¡Usted me está señalando a mí! —expresé nervioso—. Déjeme decirle una cosa teniente: mi única arma es este cuchillo.—Se lo mostré—. Esa gente tiene fusiles, pistolas, metralletas. Como ustedes los del Ejército tienen fusiles, pistolas, metralletas. Se lo digo nada más para que me entienda. Si mañana

esa gente me llama, si me pide reunirme con ellos, estoy obligado a ir. Le repito, porque solo tengo este cuchillo. – Volví a enseñárselo–. Y si pasado mañana usted me llama para reunirme con ustedes, pues yo voy, por lo mismo, porque ustedes tienen ametralladoras, fusiles, pistolas, mientras nosotros únicamente tenemos los cuchillos de trabajar en la carnicería. Ahora, mi teniente, con todo respeto, si usted piensa meter presa a la gente de este pueblo por reunirse con la guerrilla, tendrá que meter preso a todo el mundo. Porque el sacerdote, las monjas, el alcalde, el comandante de la policía, los comerciantes, los transportistas, todos se reúnen con esa gente.

En medio de mi retahíla, advertí como la sangre se le agolpada en el rostro al teniente por la furia de sentirse confrontado, pero no podía callarme, porque era la verdad. Afortunadamente el viejo Nicanor intervino mirándole a la cara.

–Lo que yo sé es que desde que esa gente anda por ahí, en este pueblo no se pierde nada.

–¡Ah! –vociferó el teniente, liberando la cólera–, ¿o sea que cuando nosotros estamos sí se pierden cosas?

32 El viejo respondió con voz pausada, serena pero firme:

–Yo no dije eso. Yo lo que dije fue lo otro. Y es verdad cuanto dice el hijo de Pedro. Si va a meter presa a la gente por eso, va a tener que meter preso a todo el pueblo, muchacho.

Besitos a cien bolívares

La primera persona en hablarme de Barrabás fue Zoraida, enfermera encargada de brindarle cuidados en el hospital de Tumeremo, en los preludios de su muerte por cirrosis. La segunda, una profesora de teatro de títeres en la cárcel del Dorado, quien resultó ser sobrina de la esposa del minero.

Barrabás conocía todas las artes del oficio; zuruqueaba en el río para sobrevivir; trabajaba con la minería de aluvión a cielo abierto, relavando material procesado, raspando barrancos, separando el oro del barro con presión de agua y mercurio; cavaba en las entrañas de la tierra cientos de metros haciendo minería de veta hasta encontrar el hilo de oro aprisionado entre las capas geológicas, construía túneles para seguirle el rastro a ese áureo camino de hormigas incrustado entre la roca, sin perderlo de vista, casi sin oxígeno, día y noche tras la iridiscencia, como se persiguen los delirios.

La fantasía de todo minero libre es hacerse rico un día de suerte. Embebidos en este febril deseo de súbitas riquezas se internan en la selva inhóspita, se entierran en la oscuridad profunda del subsuelo, exponen su cerebro a las dificultades de respirar bajo la tierra, a los venenosos vapores del mercurio, desafían el cáncer de piel y los colapsos neuronales. Algunos han conseguido el milagro. Pocos de los afortunados han disfrutado de las riquezas intempestivas por mucho tiempo. Esta historia no es la excepción a la regla. Simplemente es extraordinaria.

Todo empezó aparentemente una fresca madrugada con el canto de los gallos, los trinos del cristofué, el croar

de las ranas, la estridulación de los grillos. Barrabás salió temprano de la humilde vivienda donde moraba con su esposa y su hijo, dispuesto a rebajar una montaña apostada junto al río. Iba en compañía de su compadre el Indio Soler. La mañana entera picotearon y palearon el canto de una ladera cerca del agua, cuando a eso del mediodía el centelleo de una potente luz blanca proyectada desde el barro, repentinamente encandiló a Soler. El fulgor provenía de la tierra removida con los últimos picotazos. Guiado por los destellos el Indio fue hacia el origen de las refracciones, se agachó sobre el sitio, no sin cierta aprehensión escarbó en la tierra arcillosa, hasta descubrir plenamente el origen del resplandor. Le extrañó sobremanera hallar tan cerca de la superficie una piedra así de luminosa. Intrigado la tomó en sus manos, la atenazó entre índice y pulgar elevándola hacia el sol para observarla al trasluz. Tenía el tamaño de un huevo de paloma. Su mirada deambuló intentando escrutar el interior del mineral. Por un instante se quedó absorto en la infinita transparencia de ese pequeño universo, formado tras millones de años de metamorfosis del cuarzo. Finalizado el arrobamiento, todavía un poco atolondrado por la fijación del iris hacia el sol, mostró a su compadre la piedra, se la entregó en las manos, a la espera de su experimentada opinión.

34

El minero observó la roca tanteándole el peso en sus enormes palmas callosas. Le sorprendió ver cómo refractaba los rayos de luz, pero tal vez lo engañó el tamaño. Nunca había visto una piedra como esa.

–Es muy grande. Debe ser mica. Pero está bonita –fue cuanto expresó.

Enseguida extendió la mano para devolver la piedra a su compadre, pero este, con un gesto, le indicó que se

la quedara. Barrabás guardó la piedra en el bolsillo del pantalón. Después de almorzar continuaron trabajando, colectaron, lavaron material sin descanso hasta el ocaso. Hasta escuchar crujir las ramas de los gigantescos árboles, inclinados reverencialmente ante el peso de una manada de araguatos que caminaba sigilosa por sus copas en busca de un refugio para pasar la noche. Al momento enjuagaron en el río las herramientas: el pico, la pala, la zuruca, sus brazos, el cuello, su cabeza; enrumbando hacia el pueblo cuando ya la oscuridad empezaba paulatinamente a desdibujar la selva. Tres gramas de oro constituían el producto de trece horas de faena. Días después Barrabás salió de viaje hacia Ciudad Bolívar, para vender a un mejor precio el fruto de los quince días de trabajo en sociedad con su compadre.

En la histórica Angostura el minero se apresuró por entre las ventas de pescado, apostadas en el Paseo Orinoco en plena Feria de la Sapoara. Fue directamente hacia el negocio de su comprador de confianza, sin detenerse a comer, ni a contemplar el caudaloso río. El joyero, un hombre gordo, retaco, rubicundo, con cara de picure, lo recibió con una amplia sonrisa, le ofreció café, preguntó cómo iban las cosas por las minas, pesó las gramas de oro en la balanza e hizo la regla de tres con el mejor precio posible. Canceló el importe en billetes de baja denominación, adelantándose a satisfacer una demanda usual de los mineros. Barrabás no se preocupó por contar la suma recibida. Había confianza. En los muchos años de relación de compraventa jamás le había faltado ni una puya. Separó una pequeña cantidad de billetes que llevó a los bolsillos de su pantalón y, con el resto del dinero metido en una bolsa, hizo un fajo que se introdujo en la zona testicular, envuelto

en un pañuelo. Hecho esto se despidió sin dilación, pero llegando a la puerta de salida lo invadió la desierta sensación de haber olvidado algo. Recordó la piedra. La extrajo del fondo de su mapire. Regresó parsimonioso a colocarla delicadamente sobre la vitrina principal, con intención de captar la atención del joyero antes de preguntarle, mirándole a los ojos con picardía, cual si quisiera jugarle una broma o probar su pericia:

—¿En cuánto tasa usted esta piedra?

El hombre la tomó en sus manos, la tanteó entre sus pequeños dedos, la levantó hacia la luz, abrió desmesuradamente los ojos, tragó saliva con dificultad e inmediatamente enmudeció. Buscó la lupa especial. Con esta en su pequeña mano regordeta examinó la roca, varias veces, hasta espantar su incredulidad, mientras la adrenalina le invadía el torrente sanguíneo y un súbito temblor se apoderaba vertiginosamente de su cuerpo. La voz se le entrecortaba cuando pudo articular palabra:

—¡Barrabás... aquí no hay quién pueda pagar esta piedra!

—No entiendo. ¿Qué es la piedra? —preguntó desconcertado ante la exaltación del joyero.

36 —¡Diamante, Barrabás, diamante! —exclamó el comerciante jubiloso—. ¡El más grande que he visto en mi vida! ¡Cierra la puerta, cierra la puerta, por favor!

Barrabás obedeció, entorpecido por la sorpresa.

—Ni en Ciudad Bolívar, ni en Guayana hay quien pueda pagar su precio. Debemos irnos mañana mismo en un avión para Caracas, Barrabás. Déjame guardarlo en la caja fuerte.

El joyero se movía nerviosamente, agitado, sin parar de hablar.

–Vamos a llevarte al hotel donde un hombre como tú merece hospedarse. ¡Vas a ser rico Barrabás! ¡Millionario!

Barrabás sonreía sin lograr salir del estupor, mientras apretaba entre sus manos el mapire manchado de barro.

El hombre de la joyería lo condujo en su automóvil hasta un hotel cinco estrellas, donde solicitó personalmente al gerente, para el señor Barrabás, todas las atenciones; comodidades, bebidas, comidas, deferencias, dejando como aval de sus demandas, depositada en la caja de seguridad del hotel, una onza de oro. En adelante, durante varias semanas, Barrabás se sintió el protagonista de un cuento de príncipes y princesas. Avión, Caracas, hoteles cinco estrellas, piscinas, ascensores, comidas raras, automóviles de lujo con chofer particular, damas de compañía, mozos abriéndole la puerta del vehículo y expresando con decoro, o velada hipocresía: “Señor Barrabás por aquí, señor Barrabás por acá”. Trajes, zapatos, peluquería, entrevistas, perfumes, manicura, pedicura, primera plana en los periódicos, fotos, reportajes. Barrabás fue el personaje del momento, la noticia nacional. Incluso se dice llegó a entrevistarse con el presidente de la República, el general Isaías Medina Angarita, quien por supuesto solicitó ver el diamante. Todo esto mientras Barrabás esperaba el pago. La fracción del estipendio por la venta. Su parte entre las partes de los intermediarios en aumento día con día. Especialmente después de visitar la lujosa joyería de un prestigiado orfebre de origen judío. Un hombrecillo pequeño, enjuto, pálido, portador de unos grandes lentes de avanzada dioptría, quien después

de examinar cuidadosamente la roca, expresó lacónico, haciendo uso de un hablar pausado:

–Increíble. Ciento cincuenta y cinco quilates. Ninguna incrustación de carbono. Sin imperfecciones. Un diamante único. Asombrosamente puro.

En su eminencia, el especialista afirmó tener frente a sí el diamante de mayor tamaño y pureza hallado no solo en el país, ni en el continente, sino en el mundo. Retórica eficaz como antesala para empezar a enumerar ante el perplejo minero y su advenedizo socio representante, las enormes dificultades de la operación de enajenar una gema de este tamaño y cualidad. El cálculo del precio del diamante, enjuició, llevaría algunos días. El tiempo de venta no podía estimarse con precisión. Nadie en el país, ni persona, ni consorcio, disponía del capital suficiente para pagar en su justo valor una joya como esta. Resultaba imperativo buscar un cliente en el extranjero. La venta, conjeturó el orfebre, podría demorar meses. Llegado el caso, si resultaba imposible hallar un comprador capaz de adquirir la piedra completa, se haría necesario fragmentarla; venderla por partes resultaría más sencillo, expresó sin la menor vacilación. No obstante, añadió con gravedad, dividirla ameritaría un costoso estudio de composición y estructura, pues el más mínimo error de cálculo en los cortes, podría arruinar definitivamente el diamante y su valor. En tanto la operación de venta se consumaba, el orfebre puso a su disposición la poderosa caja fuerte de su joyería, para guardar la invaluable roca. Barrabás y su especie de socio vacilaron antes de aceptar. Aparecía como la opción menos insegura, luego de la exagerada exposición mediática del propietario y del propio diamante

como objeto. Hacerlo, sin embargo, implicaba aceptar las condiciones expuestas por el negociador. Finalmente, sin contar con una mejor alternativa, accedieron.

La prensa bautizó la piedra como: “El Diamante Libertador”. Otros afirman fue idea del presidente Medina Angarita nombrar así la preciosa gema, en honor del prócer, Padre de la Patria.

Simetría o coincidencia fantástica, la piedra repetiría un derrotero o reflejaría un destino ligado a su nombre. La más manida de las versiones apunta hacia la Casa Harry Windsor operando en la compra de la roca desde su sede en Nueva York. Según esta hipótesis, una mitad del diamante quedó en manos de la corona inglesa, la otra en poder de los estadounidenses. Estadounidenses e ingleses, intereses fácilmente homologables, se apresuraron a negociar la preciosa joya con la intención de dividirla a conveniencia. Religiosamente cumplieron con los cinco pasos canónicos para cortar diamantes: planificación, escisión, desbastado, pulido, inspección. Similitudes aparte, luego de un estudio minucioso de composición y estructura, un famoso gemólogo italiano, en una pomposa ceremonia, sería el encargado de dividir la piedra en cuatro partes. Enigmática correspondencia: el diamante sería cortado exactamente en los mismos fragmentos en que fue escindida la original República de Colombia, fundada por el Libertador, Simón Bolívar.

El dinero obtenido por Barrabás en estipendio por la venta del diamante más grande y puro en la historia de este continente, tras descontar los gastos de él y su rubicundo socio joyero de Ciudad Bolívar, pasajes de avión, hotel, comidas, trajes, propinas, perfumes, peluquerías,

manicuras, damas de compañía, más una ingente cantidad de etcéteras de los dos, le alcanzó al minero de regreso a su pueblo para darle a su compadre Soler una suma de dinero justa, para que este lograra hacerle a su “casa rural” unas reparaciones de mampostería, mandara a reforzar el pozo séptico, pudiera comprarse una planta eléctrica de segunda mano para trabajar con taladro propio en minería artesanal de veta, más un motor de achique para una bomba de agua y una buena manguera para trabajar la minería de aluvi6n. Barrabás, a su llegada, relat6 sus aventuras como si hablara de un mundo fantástico, entre la incredulidad y asombro de las personas. Después de un tiempo se fue a vivir a la zona diamantera de Ikabarú. Allí compr6 una casa grande donde abri6 un burdel.

En Tumeremo se especuló durante mucho tiempo sobre el valor real de aquel diamante. El veredicto popular acusaba a Barrabás de haber estafado a su compadre. En lenguaje minero de la zona decían que Barrabás le había dado a Soler “cuero de tigre”. Algo de verdad reposaba en los señalamientos. No obstante, las precarias condiciones económicas sostenidas por la esposa del minero y su pequeño hijo, hicieron dudar a muchas personas sobre el valor real de las acusaciones e inferir, con mayor certeza, lo ocurrido: a Barrabás también lo habían timado.

El burdel de Barrabás fue uno de los más reconocidos lupanares en la historia de Ikabarú. Fama ganada por la constancia e ingenio de su propietario, quien a diferencia de sus competidores, llevaba en avioneta hasta ese pueblo diamantero perdido en el sur del mapa, las más hermosas y esbeltas jóvenes provenientes de todos los rincones del país, más algunas extranjeras. La más recordada de todas

ellas durante muchos años, por su increíble belleza, fue una mulata: la Valenciana. Una de las tantas amantes del minero Barrabás.

Entre alcohol, diamantes, oro, mujeres hermosas, divorcio, traiciones; agotada la abundancia, vino la precariedad. Fortuna, dinero, amor, fuerzas, juventud; y salud, un día abandonaron al minero Barrabás de la misma manera, no prevista, como habían llegado. Abatido, vendió el burdel y regresó a Tumeremo. El dinero le alcanzó para comprar una pequeña casa a la salida del pueblo. Una humilde vivienda donde abrió una bodega en cuya pared principal exhibía con orgullo un retrato de su hijo Nelson, quien posaba en la foto luciendo un uniforme militar de gala. Nelson vivía en Caracas con su señora madre. Era el dueño de un hotel ubicado sobre la avenida Urdaneta, en la esquina de Punceres, en pleno corazón de la ciudad capital: el hotel Cervantes. Famoso entre otras cosas, por haber acogido durante muchos años en sus habitaciones, como inquilino, a nuestro insigne escritor, Julio Garmendia.

En la pequeña bodega, abrigado por los recuerdos, visitado ocasionalmente por su hijo, Barrabás transitó los últimos días de su existencia invirtiendo sus ganancias en comprar a las muchachas del pueblo, besitos a cien bolívares. Un billete de los marrones con la efigie del Libertador Simón Bolívar, intercambiado por un beso, hicieron famoso entre las jóvenes de Tumeremo, al viejo minero. Hasta el día cuando enfermo, fue a morir al hospital de la localidad recordando en su agonía, haber sido el más afortunado de los buscadores de diamantes en los anales de nuestro país. El hombre humilde designado por la providencia, aunque no fuese propiamente él quien halló

la roca, para entregar al mundo el diamante más grande y puro que haya existido en la historia de nuestra patria continente: “El Diamante Libertador”. Cuyo destino final o futuro, aún resulta desconocido.

Traslado perfecto

La jaula avanza por la carretera sur de Puerto Ordaz a Santa Elena de Uairén, acelera en los chaparrales de Upatá, se precipita por la bajada hacia El Cintillo. Cruza el caserío donde pendulan los quesos de clineja colgados en las ventanas de las casas, sin reducir la velocidad. Lleva prisa. En su máximo de revoluciones el motor ronronea en las rectas largas generando en los pasajeros de la cabina en pleno sopor del mediodía la evasión del presente imaginando futuros posibles, alelados en los espejismos de agua palpitando en el horizonte. Este es un traslado penitenciario en un vehículo blindado del Ministerio del Interior y Justicia, conocido vulgarmente como jaula. En la cabina van tres personas. En la carrocería dos: un viejo custodio penitenciario llamado Jerónimo, más el famoso capitán Avendaño.

La parte trasera de la jaula es un cajón metálico con cuatro rejillas. La delantera comunica con la cabina y desde esta, una ventana corrediza puede abrirse cuando los custodios quieren comunicarse con la parte posterior o se les solicita hacerlo. Las dos rejillas laterales, más la trasera, permiten ventilar e iluminar un poco la celda rodante. Cuando se ejecuta un traslado de reos, la puerta trasera, por seguridad, exige abrirse corriendo los cerrojos de afuera y de adentro en simultáneo.

La jaula sabe quién es Juan Avendaño. Las ánimas de las personas masacradas en la cárcel de El Dorado en el año noventa y siete se lo han dicho. Pocos recuerdan este tétrico episodio. Muchos no quieren hacerlo. Los cuerpos

se apilaron aquí, uno sobre otro, como objetos, para transportarlos hasta una fosa común, abierta junto a la laguna, por humanos endemoniados. Los muertos dicen cosas a los vivos todo el tiempo. Secrean en su conciencia. Muchas madres jamás encontraron los cuerpos de sus hijos. Los muertos dicen cosas a las cosas, pueden habitarlas, cualquier recipiente puede contener una o muchas almas. Las arrumadas aquí, penan. Son ánimas. Animan esta jaula que se encoge, se expande, siente congoja, llora el dolor suspendido en su interior con una incómoda salmódia de metales herrumbrosos.

Jerónimo percibe el llanto en lo profundo de su alma. Escucha las tuercas apretarse hasta chirriar dolorosamente, percibe los puntos de soldadura desprenderse en trozos deprimidos, las láminas de acero crujir incómodas, todo en esta jaula parece querer saltar hacia la carretera, huir.

Juan percibe los sonidos lastimeros en el interior de su cabeza. El olor despedido por la fricción de los metales le hace recordar la sensación de masticar virutas de óxido de hierro hasta partirse los dientes, siente en la saliva el mismo sabor ferroso de aquella noche de tortura. La angustia ha venido a instalarse en este cajón de metal como un zamuro hambriento observando moribundos. Hace calor. Crece la humedad. El custodio busca abanicarse con un viejo periódico. Suda copiosamente. Vamos camino hacia la legendaria cárcel de El Dorado trasladando a uno de los delincuentes más sagaces de nuestra historia contemporánea: el capitán Juan Avendaño. El Jefe de la Megabanda. Atracador de blindados. Cabecilla del asalto a la avioneta de la Transportadora de Valores del Caribe en el aeropuerto Manuel Carlos Piar, de Puerto Ordaz. Uno de los

atracos más cuantiosos en la historia delictiva del país, y ese dinero, codicia de muchos, aún no aparece.

El Dorado es la cárcel donde el famoso Papillón estuvo recluido sin lograr evadirse, a pesar de su bien ganada fama de escapista. La misma cuyos muros principales son de espesa selva virgen. La misma prisión donde los guardias, para matar el ocio, te otorgaban el derecho a fuga, dejándote escapar ilusionado con un tiempo de ventaja, antes de iniciar la persecución implacable apostando entre ellos quién te pegaba el primer tiro, ritual previo, antes de lanzarte a las aguas del río Yuruari o del Cuyuní, herido, sangrante, para presenciar con morbo el cardumen de caribes exaltados hacer un festín de jirones con tus carnes. Escapar de esta cárcel de máxima seguridad no es para nada sencillo. Juan es consciente de estas dificultades, también de las tres horas por delante antes de llegar a las benditas Colonias Móviles.

La deducción es elemental: si un viejo de sesenta y cuatro años, a quien la jubilación no le ha llegado por un error en su número de cédula, es el encargado de custodiar a un delincuente de la talla de Avendaño, algo no está bien.

¿Crees eso Jerónimo?

Sí.

Juan observa la vegetación por la pequeña rejilla lateral mientras la jaula le abre un hueco al tiempo: cien, ciento veinte, ciento cuarenta kilómetros por hora. Un vigilante anciano, un chofer, dos mujeres para evitar su fuga, no puede ser accidental. Su mente recrea el segundo escape de la Cárcel Nacional de Ciudad Bolívar. Un grupo comando a pleno día lanza granadas contra los muros del

penal a la salida del vehículo que lleva a dos reclusos a declarar en los juzgados, mientras él desde adentro se abre paso a tiros. Entran en Guasipati. Pasan el pueblo sin detenerse. La vegetación empieza tupirse en adelante. Mucho más, después de El Callao. Aparecen los samanes poderosos, las sarrapias perfumadas, la milenaria majestuosidad de las ceibas, los altos y rojizos caobos, los plateados yagrumos, los coloridos apamates, todos, abrazados por la persistente matapalo trepando parasitaria hasta sus copas en busca de estrangularlos, mientras los ficus, con sus brazos colgantes sobre la vía, emulan fantasmas que amenazan arrojarde de improviso sobre el parabrisas. La jaula se interna en el túnel arbóreo como quien penetra un umbral hacia lo desconocido. Un polvillo traslúcido se pasea entre los dos hombres. Jerónimo presiente el peligro.

Carlos dibuja perfectamente la sinuosa carretera a cien, ciento veinte, ciento cuarenta. Es cinta negra. Era instructor de karate. Ya no. Dejó de practicar artes marciales cuando ingresó a trabajar en el penal. Muchas personas no entienden el motivo de una decisión semejante. Carlos sí, eso es suficiente. Anoche hizo el amor con la hermosa Sol sobre un lecho perfumado de cacao. Mira por el retrovisor a una mujer caminar por la orilla de la vía llevando una niña en brazos y un niño de la mano. Sube el vidrio asustado por la imagen. Afirma su pie en el acelerador sin mirar atrás, como quien quiere alejarse del pasado.

Junto a Carlos, viaja Yesenia, la directora de El Dorado. En la ventanilla, junto a ella, la profesora Livia, quien viene a impartir un Taller de Sensibilidad y Expresividad Literaria a la población penitenciaria. Livia lleva años queriendo trabajar en las Colonias Móviles. Se le ve

abstraída, embelesada en el paisaje, mirando todo con sus grandes ojos saltones, jugando con sus pequeñas manos, disimuladamente, a hacer olas con el viento. Su natal Cabruta erigida junto al río Orinoco visita su memoria, recuerda a su imposible novio, el otomaco, inalcanzable en su curiara, a su tío el cazador de tigres, a su tía la vidente, a quien los muertos le avisaban siempre antes de morir. Yesenia corta sus ensoñaciones preguntando acerca del trabajo a realizar. Ella le explica la metodología y los objetivos. La directora pregunta dónde piensa hospedarse. –En Tumeremo –responde. Piensa viajar diariamente de ida por vuelta hasta El Dorado. La directora precisa lo poco operativo de hacerlo de esta forma. Le ofrece amablemente una habitación de su casa. Livia acepta después de los correspondientes “no hace falta, no quisiera molestar”. Se cayeron bien las dos mujeres. En la cabina, como puede verse, no hay tensión.

A Juan le duelen los riñones a causa de la golpiza recibida anoche. Tiene el rostro lleno de hematomas, la piel de las muñecas rasgada bajo las esposas dejando escurrir una secreción viscosa. La mirada del custodio le acosa como un piojo. No conoce el plan. Esto le inquieta. Su abogado debió convenir con sus compañeros el rescate. Ese fue el acuerdo. No sabe cómo, ni quiénes, ni el sitio exacto, pero está seguro de su ejecución.

Las voces mariposean en la jaula. Avendaño las figura en su cerebro, Jerónimo las supone provenientes de entidades invisibles, obsesionado en preguntarles ¿por qué él?

Tienes miedo, Jerónimo. Eres malo disimulando. El temor se te vino pegado al cuerpo desde Upata como una sanguijuela. Recuerda que tu miedo es solo tuyo, no entres

en pánico, el pavor inmoviliza, se aterra hasta de su posible auxilio. Olfateas el pútrido olor despedido por la corrupción como el de una carne expuesta en un museo durante días, descomponiéndose ante la mirada curiosa e indolente de los asistentes a la muestra artística. Demasiada casualidad los papeles de tu jubilación devueltos por una letra mal escrita en tu documento de identidad. Las coincidencias pueden calcularse, no te descuides. Un último traslado puede resultar una enfermedad mortal. Concéntrate. Sabes que Juan Avendaño, si este en verdad es Juan Avendaño, llegó a eso de las diez de la mañana al aeropuerto Manuel Carlos Piar de Puerto Ordaz, pero ignoras sus pensamientos íntimos, su remembranza paso a paso del robo a la avioneta, su arrobamiento con la belleza de los dos grandes ríos, el Orinoco y el Caroní, oteados desde la ventanilla del avión antes del aterrizaje. Lo imaginas amarrado a la silla con correas durante el vuelo, esposado al bajar del avión. Es posible. Te cuento: Juan caminó por la sala de espera, entre la gente, confrontando las miradas aterradas de presenciar a un hombre encadenado de pies y manos, custodiado por seis robustos policías judiciales exageradamente armados, tal como si el reo fuese un ser sobrenatural o una sustancia volátil. Avendaño, entretanto, imaginó celebrar en un mismo lugar dos golpes en tiempos diferentes para aunar otro misterio a las repeticiones trágicas, incluyendo como novedad el secuestro de un avión de pasajeros. Nada de esto ocurrió.

48

Carlos te contó cómo se lo entregaron los policías de la Judicial advirtiéndole repetidamente, como el incómodo golpeteo de un martillo, sobre su alta peligrosidad, antes de esposarlo en el lugar donde lo estás viendo. Entregaron una copia de la llave a Carlos. Por seguridad,

esa llave va en la cabina. La parafernalia de la extrema peligrosidad resulta sospechosamente absurda, vista la ausencia de los judiciales en el traslado. La oferta de acompañamiento recibida es casi un insulto: monitoreo del vehículo, interior y exteriormente, mediante un transmisor satelital incrustado bajo el chasis. Esa fue la promesa, o la excusa. ¿Qué pasa si un comando ataca el vehículo en movimiento? ¿Lograrán llegar a tiempo los judiciales para evitar la fuga y que a ustedes no los masacren? ¿Alguien pensó en tu edad? Concéntrate, Jerónimo. Nada aquí está bien. ¿Crees que te han mentido?

Sí. Es posible.

Recuéstate. Puede ser cansancio. Probablemente mediante el sistema de monitoreo mantienen a la policía de cada pueblo apostada en el camino, alerta ante cualquier eventualidad. Eso puede ser. No sueñes más con ese perro rabioso impidiéndote entrar en las Colonias Móviles. No te estás volviendo loco. Nuestras voces no son albores de la esquizofrenia. ¿Viste el transmisor satelital puesto en el chasis?

Sí. En Upata. Era una panelita. La recuerdo. Me tiré al piso para verla. Carlos me la mostró. Se veía titilar en ella una luz roja. Supuestamente es la señal transmitiendo. Carlos me prometió que uno de los judiciales vendría conmigo, también la directora. Nada de esto ocurrió. El satelital es para tranquilizarme. Carlos y Yesenia actúan raro. Ella me dijo en Upata que este traslado había sido hecho de manera sorpresiva. Ni la familia de Avendaño, ni su abogado, ni sus cómplices, saben. Es secreto. Confidencial. Secreto.

¡Jerónimo, escúchame! Lo único importante, pase lo que pase, es llegar al penal, renunciar a este trabajo envilecido, irte a casa con tu esposa, con tus hijas, con tus nietas. Poco a poco ir olvidando cuanto has visto, o confesar todo, saldar la deuda con la conciencia que a veces persigue, tú sabes que persigue.

Jerónimo se persigna. Siente la parca. Habla consigo en sus adentros. Reza en silencio. La presión de este traslado lo está superando. Desconfía de todas las personas. Sospecha que la alarma satelital pegada al chasis es una bomba de reloj. Trata de ubicarla bajo la carrocería. Calcula. Juan es un atracador de blindados, profesional en explosivos, especialista en detonación de cargas controladas. Se pone a mirar hacia el piso del vehículo, sobre la lámina de acero corrugada. La panelita del monitor satelital, según sus mediciones, está ubicada justo entre los dos. El descubrimiento lo tranquiliza. No puede, especula, haber una detonación controlada sin afectar al capitán Avendaño. Podría tratarse de una explosión leve dirigida a reventar la transmisión.

El vehículo se accidenta, viene el rescate, eso puede ser.

Jerónimo quisiera hablar con Carlos o Yesenia del asunto, pero desconfía de los dos. Cree estar solo. Una cosa tiene clara, si un rescate armado sobreviene, no opondrá resistencia. Es muy viejo para enfrentar a profesionales como los de la Megabanda. No está loco. Este es Juan Avendaño. ¿Cuánto dinero de sus robos aún está escondido? ¿Cuántos funcionarios quieren parte del botín? ¿Cuántas conciencias puede comprar un hombre como este? ¿Cuántos hombres puede contratar para un rescate?

El vehículo ha entrado a Tumeremo. Ocurre a los detenidos acaso como a los difuntos, aunque suene inverosímil, emanan un aroma similar, un soporífero vaho indescriptible, inquietante. Este olor ha despertado la curiosidad en los lugareños, quienes avistan el paso de la jaula como observando un cortejo fúnebre. El vehículo avanza entre murmullos, cuidadosamente, hasta detenerse en la panadería ubicada a la salida del pueblo. Las mujeres descienden de la cabina. Juan lanza un grito desde la rejilla lateral pidiendo un cigarrillo a un joven provinciano que enseguida se acerca a la jaula atendiendo el llamado, pero un estruendo de voz proveniente de la cabina le ordena detenerse. El joven levanta las manos cuando ve al chofer con la pistola apuntarle, retrocede, pide disculpas, mira hacia la rejilla lateral de la jaula, hacia el reo abriendo las manos en señal de excusa, pero guiñando un ojo a Juan en clave de connivencia. Seguidamente va hacia la esquina. Se coloca a la vista de Avendaño. Enciende un cigarrillo. Carlos abre de un tirón la ventanilla corrediza que da hacia la parte posterior de la jaula y mira al recluso con rudeza para advertirle, enfático:

–¡Epa, Avendaño! ¡Quédate tranquilito! ¡No te pongas inventor, porque nosotros también inventamos!

Juan se limita a bajar la mirada.

–¿Cómo va eso Jerónimo? –pregunta a su compañero.

–Sin novedad.

El sol está en lo más alto. Es un medallón de oro incandescente. Livia se acerca a la rejilla trasera a preguntar a los dos hombres si desean algo. Jerónimo le pide no preocuparse. Ella mira a Juan.

—¿Y usted, compañero?

—Un arma y la llave de las esposas.

—Eso no va a ser posible. Compraré pan y jugo para compartir cuando lleguemos.

Livia sabe quién es este hombre, Jerónimo pudo notarlo. Captó un brillo delator en sus ojos. A ella le impactó verle tan lleno de moretones. Seguramente le habían torturado para sacarle la confesión del escondite del botín. Sabe quién es. Queda pensativa. Cuando ingresa en la panadería, una premonición le asalta: no llegarán a la cárcel de El Dorado. Piensa en su hija Mayki, en su nieto Aquiles, en su hermana Carmen, en su gato Emiliano. Se santigua.

El muchacho de los cigarros está llamando por teléfono celular desde la esquina. Avendaño no pierde un detalle de sus movimientos. Sin lugar a duda es uno de los hombres implicados en la operación. El joven atisba de reojo la rejilla lateral, mira hacia Juan, se cuida de Carlos. Mientras conversa, señala el teléfono apuntándolo con su dedo índice, ve hacia la rejilla nuevamente, deja caer un cigarrillo, se agacha para recogerlo, levanta la vista hacia Juan señalando el piso de la acera donde traza una línea y delante de esta, a cierta distancia, dibuja varios círculos. Mira a la rejilla para constatar que Juan lo esté viendo. Señala la línea y los círculos. Con la mano libre hace en el aire una rueda de molino entre la línea y los círculos. Se levanta. Avendaño entiende la seña del teléfono como indicación de estarse comunicando con el equipo, informando, seguramente la hora exacta, posición, cantidad de vigilantes, guardias, civiles. Los círculos en el asfalto, la rueda de molino, no le quedan claros en su significado.

Quienes escuchan del otro lado de la línea telefónica saben todo ahora. Necesitaban un dato. Sabían lo del satélite, la cantidad de personas, modelo del vehículo, resistencia del blindaje. Les faltaba conocer la posición del reo. Lado izquierdo si el vehículo se ve de frente. Lado derecho si se ve desde atrás. Piensan interceptar el vehículo en tránsito.

No sabes cuál será el lugar, Juan. A quiénes contrataron, a quiénes sobornaron. Ignoras el número de hombres o de mujeres, desconoces el tipo de armas para el asalto, el transporte elegido para la fuga. Pero estás seguro, contrataron a los mejores profesionales. Solamente hace falta esperar. Parece imposible hacerlo solo.

¿Crees imposible hacerlo solo, Juan?

Voces en mi cabeza. No. No es imposible. El viejo Jerónimo se ha tocado disimuladamente detrás de la pantoquilla varias veces porque allí esconde una pistola. Puedo sacarme las esposas con cuidado, saltarle encima, desarmarlo, pegarle un tiro en una pierna o en las dos para inmovilizarlo, arrastrarlo hasta la rejilla, exigir abrir la ventanilla que comunica con la cabina conminando al chofer a gritos con matar al viejo si no lo hace. Abierta la ventanilla, cubierto con su cuerpo, amenazaré con disparar a las mujeres a través de la lámina sin blindaje si el chofer no desvía el vehículo de la carretera principal por un ramal, adentrándose en la selva, buscando el río, lenta, muy lentamente. Antes de llegar al río daré la orden de detenerse y le dispararé al chofer en la cabeza sin darle oportunidad siquiera de girarse. Si se lanza del auto en movimiento sabe que mataré al viejo y a las mujeres. Una de ellas, aterrorizada, queriendo salvar a su compañera,

me abrirá la puerta desde afuera mientras le apunto a la otra. Fuera de la jaula les dispararé a todos y enseguida me echaré al río, dejándome llevar por la corriente hasta alcanzar la frontera con Guyana. Por ahora, estoy de acuerdo, debo esperar. El rescate es seguro. Pero me sacaré las esposas después de la alcabala.

Las mujeres han salido de la panadería. Se escucha el cierre amortiguado de las puertas. Cada una ocupa el mismo lugar. El joven de la esquina repite por última vez los mismos gestos. Señala el teléfono, la línea trazada atrás de los círculos en el piso, hace una rueda de molino entre las dos marcas. Juan aún no entiende. El muchacho levanta su pulgar izquierdo para despedirlo en señal de “todo va bien”. El vehículo sale de Tumeremo seguido por la mirada picaresca de un viejo octogenario, quien, sentado en la puerta de su bodega, se repite a sí mismo, sonriente: “Otros más en busca de El Dorado. ¡Ay! ¿Cuántas almas perdidas detrás de esa ilusión?”.

54 Juan piensa en las señas del muchacho. El rescate debe darse antes del desvío hacia el pueblo de El Dorado. Pretender escapar hacia el interior del país es impensable. Desde esta zona es mejor salirse por Guyana. Una fuga perfecta debe engañar a los perseguidores, confundirlos hasta el punto de impedirles comprender cómo, dónde, en qué momento ocurrió el escape. En la fuga perfecta jamás se huye con desesperación.

En la Alcabala de Casa Blanca, Juan Avendaño ha resuelto el acertijo. Un guardia, después de guiñarle un ojo en señal de complicidad, se ubica frente a la rejilla lateral, disimuladamente. Traza en el piso de tierra, con una varita, una raya junto a una cruz. Delante de esta, dibuja

círculos de distintos tamaños. Juan recuerda las señales del muchacho, el molino en el aire significa, después de la raya; la línea con la cruz, esta alcabala, los círculos pueden significar huecos en la carretera, tal vez explosivos. Ni Carlos ni Jerónimo se percatan de las acciones del guardia, tampoco sus compañeros de comando, entretenidos conversando con Yesenia. Tras constatar si Juan ha logrado descifrar el mensaje, el guardia se retira. Después de arrancar el vehículo borrará el dibujo con los pies.

Juan tiene varios años sin pasar por esta carretera, pero más adelante, recuerda, cerca de la entrada a la mina de San Francisco de la Camorra, ha existido desde siempre un paso malo, sin asfalto, lleno de huecos gigantescos, verdaderos cráteres. La jaula estará obligada a reducir la velocidad en ese tramo, si intenta cruzarlo a toda máquina dañará el tren delantero. Es un buen sitio para intentar un rescate.

¡Estarán en los huecos del paso malo! ¡Claro! ¡Eso es! Los rehenes son un lastre en esta selva, es preferible eliminarlos. La jaula probablemente estará monitoreada por un transmisor satelital. No pasará mucho tiempo antes de tener a todos los cuerpos de seguridad encima, persiguiéndonos por aire, por tierra, por agua. Necesitamos un transporte veloz para salir hacia Guyana. Un helicóptero, un bote a motor, trajes de buzo, caballos. Prefiero el río, la selva. En pocas horas cruzaremos la frontera.

El vehículo se pone en marcha. Juan empieza a inquietarse. A moverse más de la cuenta. A sudar nerviosamente. Jerónimo siente un repentino olor a coronas de velorio pasearse por la jaula. Los espíritus oscilan en el aire, apresurados. Saben qué pasará. El viejo piensa en su familia, rasca su pantorrilla disimulado, encuentra el arma. Juan

percibe el movimiento delator. Iba a sonreír, pero también percibe el olor a flores de difunto y la risa contenida se convierte en una mueca involuntaria. El lugar está cerca. El momento ha llegado. Juan mira hacia adelante para cerciorarse si la vía está sola. Eso es importante.

Está sola.

Activa el plan de emergencia. Disloca su dedo meñique. Empieza a sacarse las esposas, lentamente. La mano se le descarna pero logra pasarla por el aro de acero sin emitir el más leve murmullo. Carlos recorta la velocidad para entrar en el tramo sin asfalto. Elude uno a uno los huecos con cuidado, lento, rodando a vuelta de rueda, conoce este paso. Juan observa una estela de polvo levantarse en el otro extremo. Una enorme camioneta negra entra velozmente en el tramo de los huecos sin tomar ninguna prevención, mientras cambia luces intermitentemente. Juan se prepara para actuar.

¡Son ellos!

La jaula responde el cambio de luces orillándose hacia su derecha. La camioneta negra no reduce la velocidad. Carlos repite el cambio de luces afanosamente pensando que el conductor desconoce las condiciones de este tramo, pero en respuesta la camioneta negra acelera a fondo precipitándose como un misil contra la jaula. Carlos comprende tarde. Intenta esquivar el choque frontal pero es inútil. El cuerpo de Jerónimo es lanzado hacia adelante con violencia hundiéndose entre los metales. Carlos queda triturado entre la cabina y el chasis. Yesenia sale disparada como un proyectil rompiendo el parabrisas con la frente, para quedar tendida a más de veinte metros del vehículo con la cabeza dividida en dos, luciendo los sesos fuera del cráneo como un sangriento ramillete de pompones. El

choque ha destrozado totalmente el lado del vehículo donde iban Carlos y Jerónimo. La jaula, elevada por el fuerte impacto con la camioneta negra que continuó empujándola desde abajo hasta hacerla darse vuelta, cayó sobre el techo siendo arrastrada por la inercia del choque hasta la orilla del monte, donde ha quedado goteando sangre con las ruedas hacia arriba. Quejidos leves se escuchan en el lado izquierdo de la parte delantera. Atrás hay silencio. La alarma satelital sigue titilando.

El estruendo del impacto se escucha a la distancia. Fuerte. Seco. Centenares de pájaros salen volando desde el follaje trinando asustados. La camioneta negra retrocede. Está increíblemente intacta por la protección del blindaje. El chofer, sin detenerse a socorrer a nadie, gira velozmente regresándose por donde vino, acelerando en dirección a El Dorado, mientras sus acompañantes telefonan a la Guardia Nacional para informar el accidente. Quince minutos después, una ambulancia proveniente de Tumeremo hace sonar angustiosamente su sirena dirigiéndose hacia el lugar del trágico accidente seguida a toda velocidad por un vehículo de Protección Civil. La escena es espantosa. El lado derecho de la camioneta, hasta la mitad de la jaula, era casi una sola pieza prensada de metales con carne, vísceras, huesos. Era imposible sacar de allí algo reconocible. A Yesenia la cubrieron con una sábana blanca. En el lado izquierdo de adelante los quejidos leves seguían escuchándose.

Entre los guardias y el personal de Defensa Civil logran dar vuelta a la camioneta halándola con una gúincha. Cortan las láminas de la cabina y la carrocería con el disco de una pulidora. Encuentran dos sobrevivientes: Livia y Avendaño. La ambulancia carga con ellos de inmediato.

¡Despierta Jerónimo! ¡Despierta! Debemos llegar hasta El Dorado.

Las voces. Las voces. ¡Sí! Estoy despierto. Quiero ir con mis nietas. ¡Vamos Carlos! ¡Vamos Yesenia! Debemos abandonar la jaula. Regresar a las Colonias Móviles.

Vamos.

Sí, vamos.

Juan vuelve en sí con las descargas eléctricas en el pecho. Respira. Livia viaja inconsciente a su lado. La ambulancia hace ulular la sirena. Avanza a toda velocidad hacia el hospital de Tumeremo. En su próximo acceso de consciencia Juan se percibe arrastrado por un largo pasillo colmado de bombillas blancas, formas humanas, rostros fugaces, mujeres espectrales vestidas de blanco. Ha entrado por emergencias. Va hacia el quirófano. No siente las manos, ni las piernas, lleva puesta una máscara de oxígeno. Una silueta borrosa, un bulto informe se le acerca, susurra a su oído unas palabras, entre la veloz incandescencia de las luces.

—El plan fue perfecto, Juan. ¡Perfecto! Tranquilízate. Trata de no hablar.

58

Juan escucha la misma frase dentro de sí repetirse varias veces antes de hundirse en el dulzor de la anestesia. *El plan fue perfecto, Juan. ¡Perfecto! Tranquilízate. Trata de no hablar.*

Cuando despierta se ve conectado por tubos y mangueras a un respirador artificial. Se aterra. Le duele la garganta, la tráquea, la laringe, fuertemente la cabeza por la masa encefálica inflamada. El muchacho del pueblo de Tumeremo

es su enfermero. Juan trata de levantarse, pero el joven le ruega por favor calmarse, escuchar con atención.

—Él fue quien te trajo en la ambulancia, Juan.

—¡Las voces!

—Él fue quien te pidió tranquilizarte. Te rogó no hablar. Te dijo en susurros que el plan iba perfecto.

—Escucha Juan —precisa el joven. Salir de este hospital será más fácil. Así fue pensado el rescate. Estábamos seguros de que no morirías en la colisión estando en ese preciso lugar de la jaula. El comando calculó velocidad, aceleración, ángulo de impacto, resistencia de materiales. El plan marcha a la perfección. Déjame explicarte el paso siguiente:

—Te sacaremos esta misma noche del hospital. Te esconderemos en el sótano profundo de una de las casas de este pueblo. Ahí permanecerás oculto, con todas las atenciones médicas, el tiempo necesario para recuperarte mientras los perseguidores aflojan la búsqueda, distienden los cercos de seguridad. Entonces, una noche, guiado por unos baquianos conocedores de esta selva, saldremos hacia Guyana. No sabrán cómo ocurrió el escape, dónde, ni cuándo. No podrán seguir el rastro. Será una huida sin angustias, sin prisas, una evasión realizada con extrema sutileza. Una fuga perfecta.

Con la más tersa calma

Arribaron a la terminal de autobuses a eso de las siete de la noche. El viento barinés recorría las calles estremeciendo el ramaje de los árboles. Las sombras arrebatában paulatinamente la luz a los espacios. Eran dos hermanos. Altos. Corpulentos. Zambos. Venían de Arismendi. Esa selva virgen imposible de colonizar.

Traían dos maletas. Una cada uno. Más un pequeño bolso de mano hecho de cuero de ganado sin curtir. Abandonaron la terminal adentrándose por entre los buhoneros hasta alcanzar un oscuro callejón peatonal. Se registraron como comerciantes en el miserable hotel Lord. El administrador, acostumbrado a recibir toda clase de personajes extraños, les entregó la llave de la habitación veintiséis, ubicada en el segundo piso, no sin antes recomendarles que si traían consigo joyas, dinero, oro, objetos de valor, podían depositarlos con entera confianza en la caja fuerte del hotel. Un lugar seguro afirmó, sin lograr persuadir a los guajiros.

60

Los hermanos subieron parsimoniosamente las escaleras hacia el segundo piso, cada uno cargando una maleta. La tensión en sus brazos hacía evidente el peso. Tomaron una ducha. Se recostaron. Dos horas después de un descanso merecido, descendieron llevando consigo el pequeño bolso, atenazado fuertemente por las venosas manos del más viejo.

El encargado del hotel preguntó si pensaban estar fuera hasta muy tarde. Los hermanos lo miraron sin responder, mientras le entregaban la llave.

–Les recomiendo no llevar nada de valor. Esta zona es peligrosa de noche.

Quería orientar la conversación hacia el mismo lugar del principio: el ofrecimiento de la caja fuerte, pero advirtió el rechazo silencioso de los hermanos, siquiera a entablar conversación.

–Cuando lleguen toquen el timbre cuatro veces. Sabré que son ustedes.

Ante la hierática actitud de los hermanos el administrador abrió la puerta con precaución. Observó a los extremos del pasaje. Después de cerciorarse de la ausencia de elementos sospechosos los dejó salir. Les observó caminar por el callejón oscuro en dirección de la avenida Elías Cordero hasta fundirse en la oscuridad. En la avenida con el nombre del célebre bachiller los hermanos realizaron una llamada, desde un teléfono celular alquilado. No les llevó un minuto. Eran precisos. En todo. Con las palabras, la manera de moverse, los gestos. También con las manos. Cenaron en una pollera. Después de comer cruzaron la avenida e ingresaron a un billar. Pidieron una botella de ron con dos vasos. Daban la impresión de hacer todo con la más tersa calma. Empezaron a jugar una partida. Una hora después la policía ingresó en el establecimiento.

–¡Buenas noches, ciudadanos! ¡Todos contra la pared, con los brazos levantados y las piernas abiertas! ¡Rápido!

Los policías requisaron a los jugadores uno a uno. Sorprendentemente, ninguno estaba armado. Nadie llevaba consigo tan siquiera un cuchillo.

Un oficial advirtió el pequeño bolso de cuero bajo la mesa donde jugaban los hermanos. Preguntó en voz alta a quién pertenecía:

—A nosotros, comandante —terció lacónico el mayor.

—Vacíe el contenido de ese bolso sobre la mesa, ciudadano, por favor, con mucho cuidado.

Los agentes, por reflejo, llevaron sus manos a las pistolas. El mayor de los hermanos abrió la cremallera despacio y empezó a vaciar el contenido del maletín según la indicación. El billar entero enmudeció. La mesa quedó repleta de billetes de la más alta denominación.

—¿Por qué traen encima tanto dinero en efectivo? —preguntó el sargento.

—Es la venta de un ganado.

—¿Son ganaderos ustedes?

—Compramos y vendemos.

—Verifica estas cédulas en el sistema. Ve si están solicitados —ordenó a un subalterno—.

—¿De dónde vienen, señores?

—De Arauquita.

Los maleantes del lugar intercambiaban miradas. Una luz siniestra brillaba en sus ojos. Con una frase en clave, un subalterno dio cuenta al sargento del peligro. Pudo advertirlo de soslayo. El sargento ordenó a los hermanos guardar el dinero en el bolso y salir del local un momento. Regresó a cada uno su cédula. No tenían prontuario judicial, denuncias, ni solicitudes de captura.

Sin rodeos les expuso la situación. Corrían peligro. Varios carroñeros de ahí adentro salivaban por quitarles el dinero sin importar si hacía falta matarlos. Únicamente esperaban la ausencia de la policía. Eso advirtió el sargento

a los llaneros, ofreciéndose a llevarlos hasta el hotel donde se hospedaban, a cambio de una sencilla colaboración para comprar comida. Muchos de los policías andaban sin cenar. Los hermanos aceptaron.

El encargado del hotel se desconcertó cuando vio descender a los hermanos de una patrulla. Preguntó si habían tenido algún problema. Ellos respondieron con una sola palabra. Les observó subir las escaleras en silencio con el pequeño bolso apretado en sus manos. Parecían pensativos. Eran las dos de la mañana.

Una hora después llegaron al hotel dos policías, un hombre con una mujer, acompañados de un conocido delincuente de la zona. Buscaban a los hermanos. El malviviente atestiguaba haberlos visto comprando droga. Los policías exigían registrar la habitación.

—¿Y si este señor afirma eso, por qué no apresan a quién se la vendió? —señaló el administrador.

Los policías se cabrearon. —Ese procedimiento está en marcha. ¡Abra la puerta, ciudadano, por favor! ¡Está obstaculizando el trabajo de la justicia!

—¿Traen orden de allanamiento?

Arguyeron procedimiento de rutina, por tanto, según ellos, la orden de allanamiento no hacía falta. El encargado les pidió un momento, levantó el teléfono y marcó un número.

—¿Qué hace, ciudadano? —preguntaron.

—Llamar a la comisaria Monsalve. Comunicar este imprevisto. No quiero meterme en problemas. Solo llevará un minuto.

A los policías les cambió el semblante.

–No hace falta, ciudadano. Vamos a buscar la orden de allanamiento y regresamos.

Se marcharon. El administrador no llamó a nadie. Subió a la habitación de los hermanos. El menor abrió la puerta.

–Vino la policía a buscarlos. No los dejé entrar porque no traían orden de allanamiento, pero van a regresar, tén-ganlo por seguro. No sé qué traen ustedes encima, pero esos policías lo quieren.

Los hermanos escucharon al encargado sin mover un músculo del rostro. Tenían esa mirada aguda de ojos entornados, dulcemente impasibles.

–Si quieren un consejo váyanse rápido –recomendó. Agarren hacia la avenida Cuatricentaria, tomen el primer taxi y piérdanse, cámara.

Cinco minutos después, los hermanos bajaron a la recepción con la misma actitud imperturbable, a pagar la cuenta. Sin denotar angustia, ni prisa, entregaron al administrador una buena propina en efectivo. El hombre les abrió la puerta y se largaron, llevando consigo únicamente el bolso de mano.

64

Quince minutos después llegó la Policía Judicial. Preguntaron por los hermanos. Traían consigo una orden de allanamiento. El administrador respondió mientras abría la puerta.

–Hace veinte minutos dejaron la habitación.

Dos oficiales armados subieron corriendo a registrar el cuarto. Bajaron en segundos. Con cara de espanto farfullaron:

–Arriba está el gringo de las amenazas. En dos maletas, comisario.

–¿Hacia dónde se fueron?! –increparon con violencia al encargado.

–No sé. Caminaron por el callejón hacia la Elías Cordero. De inmediato los judiciales emprendieron la persecución. Unos salieron corriendo por el callejón hacia la avenida, enarbolando las pistolas. Los demás arrancaron bruscamente las camionetas cuatro por cuatro dispuestos a peinar la zona hasta el último recodo. Sin embargo, los hermanos ya iban lejos. Camino de Arismendi.

Noche sin luna

Armando conducía su camión de Guasualito a San Crisóbal a eso de las diez de la noche, cuando a lo lejos distinguió a un cristiano caminando por la orilla de la carretera a esa hora ensombrecida. Al darle alcance detuvo el vehículo. Resultó ser un anciano venerable, vestido con ropas blancas, sombrero de cogollo, calzado de alpargatas, con una marusa de yute colgada en el hombro.

—¡Buenas noches! —saludó Armando—. ¿Hasta dónde llega el amigo?

—Buenas tengan los señores —fue la respuesta—. Al Cantón no más voy. Más allá de la Alcabala.

Armando le ofreció viajar en la cabina junto a su hijo Marlon, quien venía dormido; ir al lado de Luis, uno de los obreros de su finca. El anciano rechazó el ofrecimiento con humildad:

—No se preocupe el amigo. Atrás voy bien.

El conductor no insistió. Esperó paciente hasta verle trepar por las barandas de madera para acomodarse en la carrocería. Minutos después Armando conversaba con Luis sobre la salud del ganado, las vacunas, los becerros, la futura siembra, la ausencia de lluvias. La carretera estaba oscura, escasamente podían distinguirse las sombras de los árboles, las siluetas de algunas vacas echadas como piedras en los pastizales. Era una noche sin luna. El cielo era un manto negro estrellado cubriendo la llanura.

Luis recordó un cuento. Iba a iniciar su relato cuando inesperadamente apareció una Móvil del Ejército. Retén

militar improvisado en las fronteras, común de temer, porque, más allá de la soberanía, en estas soledades, no es fácil saber si aquellos que te detienen son quienes dicen ser. Esta vez eran cinco personas vestidas de soldados que sostenían firmemente en sus manos fusiles de repetición. Acatando la orden de alto el chofer detuvo el camión. Encendió la luz de la cabina. El más huesudo de los soldados se acercó a la ventanilla.

—¡Buenas noches tenga la autoridad! —dijo Armando, adelantándose.

La respuesta fue fría, mascullada entre dientes, casi inaudible. Las preguntas y requerimientos, los de rutina:

—¿De dónde vienen, a qué se dedican, hacia dónde van, andan armados?; documentos del vehículo, carné de circulación, licencia de conducir, certificado médico, cédulas de identidad. Dos soldados fueron a revisar la carrocería con una linterna, los dos restantes se mantuvieron alerta, guardando una distancia prudencial del camión con los fusiles montados.

Las respuestas, a la par de la revisión, resultaron satisfactorias. No les hicieron bajar del vehículo, ni pidieron revisar la cabina.

—Pueden irse —sentenciaron.

Armando les deseó buenas noches. Giró la llave en la suichera, pero en vez escuchar el motor encendiendo, el sonido fue un *tac, tac, tac, shhhiii*. Esperó cinco segundos. Hundió su zapato en el pedal de aceleración tres veces con la intención de bombear gasolina hacia el carburador, giró la llave, nuevamente *tac... tac... tac...tac...tac... tac... sshhhiiii*. Como por reflejo los soldados prepararon

los fusiles para disparar, retirándose unos pasos hacia el monte. Armando probó una tercera vez, *tac... tac... tac... tac...tac...tac criiiij*, chirrió el bendix. Por poco maldice. El siguiente intento, cuando ya Armando estaba nervioso, arrancó el motor con las últimas fuerzas de la batería, *gruuu, grooo, gro, gro, gro, gro, gro, grumm, grumm*. Aceleró varias veces. Arrancó sin mirar a los uniformados. Cien metros adelante, fijó su mirada en el retrovisor, pero no vio a nadie. Devorados por la noche los soldados habían desaparecido.

El relato de Luis era sobre un espanto de carretera. Una bella muchacha vestida de novia que entre La Fría y Coloncito se le aparece a los choferes, ensangrentada, pidiendo auxilio a la medianoche. Si no detienes el vehículo se te arroja bajo las ruedas o se lanza sobre el parabrisas haciéndote perder el control. Otras veces el cuerpo de la mujer se materializa en la cabina e intenta ahorcarte. Muchos se han estrellado. El mejor consejo es no transitar por la ruta a esas horas. Llevar consigo una imagen bendita del Santo Cristo de la Grita o de la Virgen de Táriba. La noche estaba rara. Era cerca de la medianoche. Daba un poco de miedo escuchar hablar de espantos, porque mentarlos, también es invocarlos.

68

Cuando llegaron a la alcabala de la Guardia Nacional se sorprendieron de encontrarla vacía. No había nadie en la caseta, ni en la zona de pernocta luces encendidas. La carretera de allí en adelante estaba llena de baches, huecos, pasos malos sin asfalto. Armando condujo con cuidado, atento a la ruta desigual, a los montarrales a orillas de la vía. Los tramos accidentados donde te ves forzado a reducir la velocidad resultan peligrosos, los asaltantes los

aprovechan. Hubo un silencio tenso en la cabina mientras se franqueó este trecho. Luego de salvarlo, Armando aceleró a fondo, pero en una recta larga un viento repentino hamaqueó el camión con fuerza haciéndolo zozobrar. Una maniobra realizada con pericia evitó el volcamiento. Se asustaron. Ninguno quería decirlo. La noche mantenía un halo extraño.

Luis quiso calmar los nervios relatando otra historia. Deseaba hacer más corto el camino. Era un cuento de los años ochenta. Un hacendado del estado Zulia tenía contratados a tres hermanos, jóvenes, extranjeros, indocumentados. En ese tiempo, la mayoría de los inmigrantes suramericanos en el país, estaban de ilegales. Condición difícil de revertir por los canales regulares, en las instancias correspondientes. La mejor opción era acudir a gestores, sobornar a funcionarios corruptos, aventuras donde generalmente los interesados perdían su dinero. La alternativa intermedia y más viable era obtener el famoso “Carné de Trabajador”. Un cartón amarillo del tamaño de una mano, expedido por el Ministerio del Trabajo con foto del carnetizado, más sello de la Dirección de Identificación y Extranjería, cuya valiosa posesión, acompañada de una carta de buena conducta firmada por el empleador, permitía a la persona carnetizada en días y horas no laborables, transitar por el estado donde el carné estaba expedido.

Este carné debía solicitarlo ante el Ministerio del Trabajo el patrón empleador, pero el viejo hacendado, llamado Hipólito, el que desata los caballos, quiere decir el nombre, no estaba interesado en hacerlo. Por eso dio a los hermanos siempre las mismas excusas: falta de material en la DIEX, tensión en las relaciones entre

los países por el tráfico de drogas, la guerrilla, la delincuencia, los secuestros. Todo eso, decía el viejo a los muchachos, tenía paralizada la emisión de los carnés. Paralizado el país, refería con esa exageración propia de los comerciantes, porque sin mano de obra, apuntaba, cómo vamos a aumentar la producción. Recomendaba a sus obreros, por protección quedarse en la finca, no salir por el pueblo si no era estrictamente necesario, porque si llegaban a agarrarlos las autoridades sin documentos, advertía, podían culparlos incluso de cosas que no hubieran hecho. En el mejor de los casos iban a deportarlos luego de permanecer detenidos por varios días, hasta completar el cupo del autobús con el lote de indocumentados a descargar en el puente internacional de la frontera. Él se ofrecía para hacerles cualquier compra o trámite. En caso de necesitar salir para el pueblo de emergencia, les decía, convenía siempre ir con él.

70 A muchos hacendados de la época les convenían estas condiciones; primero, porque los obreros no salían de la finca, su disponibilidad era de las veinticuatro horas durante los trescientos sesenta y cinco días del año; segundo, porque así se les retenía el pago, con la excusa de evitarles llevar dinero encima o dejarlo peligrando debajo del colchón. Sin documentación era imposible abrirse una cuenta bancaria.

Hipólito propuso a los hermanos ahorrarles el salario en su cuenta personal. Anotar en un cuaderno los sueldos, los abonos, los descuentos por compra de víveres, productos de limpieza o de higiene personal encargados por ellos cuando el viejo hacendado visitara el pueblo.

Ese ahorro eran cobres seguros, remarcaba Hipólito. En el momento en que decidieran irse se los entregaría.

Transcurrieron cuatro años trabajando en la finca: arreando el ganado, marcándolo con el hierro, desparasitándolo, ordeñándolo, inseminándolo, atendiendo los partos, haciendo los quesos, hasta una noche de principios de noviembre, cuando los tres hermanos conversando en el cuarto del peonaje, sacando cuentas, pensaron que había llegado el momento de regresar con su familia. Al día siguiente le comunicaron la decisión a su patrón. Se iban. Según sus cálculos tenían suficiente capital para abrir por allá un negocio o comprarse una tierra pequeña. Necesitaban el dinero ahorrado. Hipólito se sorprendió con la noticia, pero algún día iba a suceder. Les propuso quedarse un tiempo más. Esperar para llevarse más dinero. Se colocó a la orden por si querían enviar una parte de los reales a la familia. Les aconsejó irse primero uno de ellos a ver como andaban por allá las cosas. Deseaba que se quedaran porque eran buenos obreros, pero la decisión estaba tomada. Los tres hermanos se disculparon por querer marcharse todos de golpe, pero tal como se habían venido, era un pacto entre hermanos volverse juntos. Prometieron, por cariño y agradecimiento, quedarse un mes más, mientras el viejo conseguía quién los supliera. Si era necesario enseñarían a los nuevos peones las principales tareas de la hacienda, la tranza con el ganado, la hechura de los quesos, la labor de cercado. Hipólito aceptó, pero no buscó obreros, pasaban los días sin traer a nadie. Un día, leyendo la duda en la cara de los tres hermanos, comentó que la mano de obra andaba escasa, pero afirmó que ya un amigo suyo se había ofrecido a traerle unos peones de Villavicencio. Gente experimentada con ganado, aclaró. En

cuanto al dinero, les pidió no desconfiar, ni preocuparse, pues sería mejor entregárselo justo antes de irse. Expresó haberlo puesto a plazo fijo junto con unos reales suyos para ganar algo más de interés, pero el viernes veintiuno de diciembre se los entregaban. Si para la fecha no había conseguido trabajadores, ese sería su problema, concluyó, manifestando estar muy agradecido con ellos por todos los años de servicio. Los obreros nunca llegaron.

El veintiuno de diciembre el viejo salió madrugado de la hacienda para el pueblo. Iba, supuestamente, a buscar el dinero en el banco. Comprar melaza, urea, venenos, pastillas de cuajo, vacunas: la lista elaborada por los hermanos la noche anterior. Estos le observaron irse esperanzados. Obviamente empezaron la jornada con una emoción particular, haciendo planes. El día de trabajo fue alegre. A la caída de la tarde metieron la última vaca en los corrales, separaron los becerros de las madres, lavaron las bateas de las que-seras. Seguidamente se metieron en su cuarto a preparar la maleta para el viaje. Querían salir de madrugada. Planeaban la mejor ruta. La hora propicia para evitar las alcabalas móviles. Pensaron en proponerle a su patrón acercarlos hasta la frontera en su camioneta, pagarle un buen importe por el favor. Cocinaron la cena en la estufa de kerosén que habían comprado. El fogón de leña quedaba afuera, también el baño, junto a un árbol de mango. Eran las diez de la noche y el viejo no llegaba. Cansados de esperarlo se acostaron. Cerca de las dos de la madrugada escucharon la bocina de la camioneta pitar desde el portón de la entrada. El viejo venía borracho. Los dos hermanos mayores fueron a abrirle. Lo saludaron con las manos, encandilados por las luces del vehículo. Hipólito parecía dormir sobre el volante. Abierto el portón, el viejo rodó la camioneta unos metros y esperó a que cerraran.

–¡Váyanse a dormir tranquilos, aquí traje lo suyo! –gritó con voz de ebrio.

Los hermanos, sonrientes, le desearon buena noche y empezaron a caminar hacia su cuarto. El diablo entonces hizo su jugada. Cuando pasaron delante de la camioneta el viejo aceleró a fondo y los atropelló. Al hermano mayor le pasó las ruedas por encima. El otro cayó como a tres metros de distancia e intentaba levantarse, pero el viejo se bajó de la camioneta y lo remató a balazos. Empezaron a ladrar los perros.

El menor de los tres hermanos escuchó los gritos, los tiros, se levantó, observó cómo el patrón asesinaba a sus hermanos. Después lo vio venir con el arma en la mano directo hacia la casa del peonaje y sin pensarlo un segundo agarró monte.

–Ese muchacho no tendría quince años, señor Armando, ni quince años.

–¡Viejo desgraciado!

–...el muchacho era veloz como un venado. La oscuridad lo protegió de la puntería del viejo. Era una noche sin luna, señor Armando, una noche como esta.

–¡Muchacho cobarde, carajo! Dejar a sus hermanos muertos sin buscar matar a su asesino.

–No sé. En un momento de esos, en medio de la desesperación, si uno no está armado ni es un asesino, probablemente lo mejor sea huir.

–Puede ser.

–...al día siguiente, Hipólito enterró a los hermanos en un hueco cavado por él mismo cerca de un árbol de balatá.

Después se sentó a esperar al muchacho. El viejo pensaba un poco como usted, señor Armando, pero el muchacho no regresó. Dos días después se fue para el pueblo a contar cómo los peones de la finca, después de robarle, habían huido los muy cobardes. Sin embargo no puso denuncia, ni dio aviso a la policía, ni se lo comunicó a la Guardia Nacional. Prefirió contratar a un matón amigo suyo para rastrear la zona. Estaba seguro que ese carajito andaba enmontado, esperando el momento para regresarse a matarlo. No quería correr riesgos. Ni dejar testigos vivos. El matón contrató dos hombres más. Los tres peinaron durante cuatro días con sus noches toda la zona hasta llegar a la frontera sin encontrar a nadie. No se sabe por dónde logró salirse ese muchacho para el otro lado tan rápido, sin poder utilizar las vías principales. Tal vez remontó uno de los ríos. Quien conoce esa zona sabe que no es fácil. ¿Usted conoce esta zona, señor Armando?

—Un poco. ¿Así termina la historia?

—Falta el desenlace: dos meses después aparecieron por Encontrados tres obreros jóvenes. Buscaban trabajo. Eran campesinos. Sus manos callosas, su piel tostada, daban fe del oficio. Los habitantes del pueblo tenían conocimiento de que el señor Hipólito seguía buscando obreros y se los mandaron. El viejo preguntó si tenían papeles. Ellos respondieron negativamente. Les explicó que no estaba fácil obtener documentos porque la DIEX estaba paralizada, no se estaban expidiendo carnés de trabajador, había desencuentros diplomáticos entre los países por problemas con la guerrilla, el tráfico de drogas, el secuestro de hacendados, repitió el mismo discurso dado a los hermanos. Recalcó además el problema de contratarlos, porque si los

agarraba la ley, él se quedaba nuevamente sin obreros. La respuesta de los muchachos fue que si aceptaba contratarlos no saldrían. Expresaron haber venido estrictamente a trabajar para ahorrar y por tanto, les convenía quedarse en la finca para no gastar dinero en cosas innecesarias. El viejo dudaba. Especialmente porque eran paisanos de los muertos. Porque llegaron de improviso sin recomendaciones. Pero la hacienda estaba enmontada, el ganado desatendido, la producción de quesos paralizada. Tras unas preguntas puntuales, constató que conocían perfectamente las labores de una finca. Ante la urgencia no vio alternativa, se encomendó a la Virgen de la Chinita, y sin pensarlo más, los contrató. Enseguida les mostró el cuarto del peonaje. Casa, colchones, cocina de kerosén, ollas, platos, cucharillas... todo eso lo ofreció sin costo alguno, como parte del pago. Fue a la casa grande mientras los muchachos se instalaban. Regresó con el revólver puesto en la cintura a mostrarles los corrales, la zona de ordeño, las bateas de los quesos. Les entregó la lista de labores. El salario se acordó sin objeciones. Con los mismos argumentos dados a los hermanos el viejo les propuso anotar los sueldos adeudados en un cuaderno, descontar el monto de las compras que por encargo les hiciera en el pueblo, las remesas de dinero enviadas a sus familiares. Los reales ahorrados, remarcó, eran cobres seguros, estarían a su disposición cuando los necesitaran. Finalizada la negociación, Hipólito ofreció a los muchachos brindar con un trago por el inicio de esa buena amistad de trabajo, pero los jóvenes se excusaron. Afirmaron no beber licor, estar cansados, necesitar dormir para levantarse ma-drugados. Después de dar las buenas noches, los recién llegados caminaron lentamente hacia el cuarto ocupado

anteriormente por los tres hermanos. Hipólito se quedó en la sala de su casa escuchando boleros, bebiendo whisky, fumando tabaco. Vivía solo. Según contó un día en el pueblo su mujer lo había dejado por otro. Nadie supo nunca quién fue el otro. Decía tener una hija en Caracas, un hijo en Francia, pero nadie los conocía.

A las doce de la noche el viejo Hipólito dormitaba en la mecedora cuando escuchó el aullido de los araguatos. Se despertó. Vio una sombra pasar frente a la ventana. Oyó pasos. Alguien abrió sigilosamente la puerta de la casa. Sintió chirriar mínimamente los goznes. Martilló el revólver. Se levantó con sumo cuidado de la silla. Caminaba cautelosamente en dirección a la puerta con el arma en su mano, cuando sintió el golpe, seco, en la cabeza. Había luna llena esa noche.

Despertó amarrado a una columna de madera en los establos. Un lazo le atravesaba la boca. Enfrente suyo estaban sentados los muchachos. Comían. Cada quien sumergía en café negro su arepa, sin apuro. El viejo intentó soltarse removiéndose rabioso, intentó gritar. Uno de los jóvenes se levantó para informarle la razón por la cual lo iban a matar: el asesinato de los dos hermanos. El menor logró llegar hasta su pueblo, contó a la gente lo sucedido y la gente los había enviado. Las injusticias desatan fuerzas insospechadas. “La justicia, concluyeron, debe ser igual para todos”, señor Hipólito.

76

Antes de matarlo seguramente le preguntaron dónde había enterrado a los hermanos. Un tiro nada más le pegaron en la frente. Abrieron la fosa y sobre los difuntos putrefactos lanzaron el cadáver del viejo Hipólito dejando la tumba abierta. Quedó muerto sobre los muertos. Boca

abajo. Encima de quienes había asesinado. Dando un abrazo póstumo a sus víctimas como rogando perdón. Le dejaron el revólver con que los había matado en su mano derecha. En el bolsillo de la camisa se le encontró un papel donde estaba escrito: “La Justicia es la reina de las virtudes... si con ella se sostiene la igualdad y la libertad”.

–Una frase de Simón Bolívar.

–La Policía Judicial entendió de inmediato: el viejo Hipólito había asesinado a los hermanos. Se trataba de una venganza. La noticia no salió de esta manera en los periódicos, pero en el pueblo se comentó la verdad en las bodegas, en los bares, en la plaza, en la iglesia, en el puerto donde se encuentran los ríos Zulia y Catatumbo en su camino hacia el golfo de Maracaibo.

–¿Qué le parece la historia, señor Armando?

–Una pregunta, Luis: ¿En esa hacienda no había cocinera?

–Sí había, señor Armando, usted bien lo sabe. Yo soy hijo de ella con el viejo Hipólito. Él nunca me reconoció. No fui su hijo, ni él fue mi padre.

Armando quedó en silencio.

–Usted no me debe nada, señor Armando. Si hubiera querido matarlo lo habría hecho hace tiempo. Ese hombre merecía la muerte. Mi único reclamo es por qué no lo mató usted mismo. Mandar a matar es de cobardes. Es como no tomar venganza. ¿No lo cree así?

Armando no respondió. Siguió conduciendo absorto en la carretera, abandonado en los recuerdos. De repente escuchó unos golpes en el techo. Habían llegado al Cantón. Se acordó del viejo vestido de blanco. Detuvo el camión

frente a una casa de tapia, junto a un robusto apamate luminoso. El niño aún dormía. Luis sonreía piadoso. Armando descendió de la cabina sintiéndose extraviado. Caminó vacilante hacia la carrocera con la intención de ayudar al anciano cuando este se apeaba, lentamente. Verlo aumentó sus dudas. Intrigado preguntó:

–Oiga mi viejo, ¿a usted los soldados no lo vieron, ni nada?

–¡Ah, noche oscura muchacho! Es que tanto quieren ver, que no ven nada...

Baladrones

Cuando llegué al mercado y usted estaba allí, recostado contra uno de los parales de madera de la vieja casa de corredores, viéndome desde esa posición alta, militarmente ventajosa, sin quitarme la vista de encima mientras me acercaba, tuve miedo. En los recuerdos y ahora.

Aunque ser sea también camino, ulular del viento que nos trajo hasta este punto, aguas viejas filtrando el roto cántaro del alma, cuesta mucho creer que uno nunca aprenderá a andar. No he aprendido. Eso siento en mitad del desamparo. Mientras me le acerco la pregunta por la vida y por la muerte se martilla en mi cabeza en tanto usted sin disimulo calza su pistola. Pienso. Usted está grande ahora; de estatura quiero decir. Mucho más que ese día cuando intentó golpear a Jorgito y me vi en la obligación de separarlos. Usted era más grande que él. Yo era más grande que usted. Era. A Jorge le tenía cariño. A usted igualmente le tenía cariño. Le tengo. Pero también le tengo miedo. Se me quedó aguantado en la sangre desde ese día cuando usted me amenazó con los ojos tomados de rabia, emborrascados por el llanto. Reiteradamente desde entonces soñé cómo la muerte me saltaba encima desde su mirada como un gato. Me descubrí en sueños bajo tierra devorado por gusanos, horrorizado con el cosquilleo atroz de sus incontables patas minúsculas recorriéndome el cuerpo, enloquecido a gritos por sus pequeñas mordeduras en la carne, descompuesto, sin poder soportar el olor de mi propia putrefacción. Tras la amenaza lo supe. Un día usted me iba a matar. Tal vez sea hoy.

Mientras me le acerco el miedo se me cae a cuentagotas. Encharco la calle aterrado ante la muerte imprevista, aunque esperada. Paladeo con parsimonia el inminente pavor de los finales. Llorar es un umbral de la videncia. Lloro por dentro aguaceros de lo triste. Avanzo sin ganas hacia el encuentro ineludible. Usted no ha olvidado su promesa, estoy seguro. Me juró entre lágrimas dejándose caer sobre la tierra que cuando estuviera grande me mataría. Lo gritó. Le creí. Usted está grande ahora. De tamaño quiero decir. Bien puede matarme. No dejar pasar esta oportunidad para cumplir su palabra. Yo puedo dejarme matar, huir o ganarle en mano. Mi ultraje fue halarlo del brazo con fuerza para que no le pegara a ese niño más pequeño. Usted era más grande que él, acuérdesese. No olvide: la rabia está llena de nubes, la vanidad se regodea en la invidencia, la soberbia venera la oscurana.

A usted le dolió que no me pusiera de su lado. Se sentía mi amigo. Confiaba en mí. Se sabía valorado, querido, respetado, de una manera desacostumbrada, o tal vez desconocida para usted. Me suponía siempre de su parte. Creía que nunca lo defraudaría y según usted, ese día lo traicioné. No fue así. Ese día usted no tenía la razón. Acuérdesese bien de todo. Por allá en el fondo de sus recuerdos, busque. Yo era su amigo. Admiraba en usted ese niño valiente, luchador, vigoroso, inteligente. Era verdad. Era su amigo. No sé si lo soy ahora, porque a los amigos no se les teme. Pero lo era. Quería verle ganar esa batalla absurda donde la vida lo había metido sin preguntarle. Usted era el mejor vendedor de dulces criollos de todos los niños que trabajaban para ayudar a su familia humilde. El mejor estudiante de su clase. La mejor persona de su casa. Nada fácil. Con su mamá en la cárcel, su papá en la penitenciaría, morando en

casa de su pobre abuela, que no tenía autoridad ni fuerzas para encauzar a su progeñe por un camino distinto al de la delincuencia. Nada fácil. Con sus tíos y sus tías dedicadas a la venta de droga al menudeo. Venta cuya ganancia resultaba siendo el propio consumo donde se consumían. Apresurados en el vértigo. Aturdidos en la narcosis. Agotados en el vicio sin lograr verlo a usted ni a sus talentos. Todo lo contrario. En su familia despreciaban su esfuerzo como estudiante. Se burlaban de usted cuando le veían correr lleno de ilusión por las estaciones de servicio vendiendo dulces para ganarse la vida, la comida, la ropa, los zapatos, bregando por inventarse una forma de vida diferente a la vivida en casa, animando con fuerza en lo profundo de su ser ese anhelo, aunque en el fondo desconfiara, presintiendo alimentar una alucinación. Nada fácil. Que a sus once años usted se convirtiera en el ejemplo de esa familia. Yo lo intuía, pero me negaba a dar fuerza a ideas fatalistas. Todas las personas cercanas a usted lo sabíamos en el fondo. Lo conversábamos. Algunas tal vez rezarían. Sin hablar de destinos ineludibles nos inquietaba la impiedad recurrente de la realidad posible. Temíamos la ruptura de su resistencia, el agotamiento, su definitiva resolución de no nadar más a contracorriente, que sucumbiera a la presión familiar y optara por seguir el camino de su madre, la senda de su padre, la trocha envilecida de sus tíos. Después del día de la amenaza, usted dejó de vender dulces, abandonó la escuela, no se dejó ver más. Dejó de trabajar. Dejó de estudiar.

No volví a verlo hasta aquella noche. Yo andaba en un carro con unos amigos, fumando, esnifando, comprando..., cuando uno de ellos, un gordo gigantesco, el más grande de nosotros, saltó del vehículo para agarrarlo de improviso

a usted por la camisa cuando intentaba huir porque según él, usted lo había estafado; no había vuelto con la mercancía después de haberse llevado los billetes. Usted lo negó a gritos viéndose tomado por el cuello. Remarcó que lo estaba confundiendo. Pero la cara enardecida de un ogro desequilibrado por los efectos de la droga con su gigantesco puño a punto de partirle el rostro le forzó a aceptar su culpa. Entonces le vi agacharse humillado, buscarse los pitillos, los envoltorios, las bolsas ocultas entre las medias, mientras sollozaba, secándose los mocos con el antebrazo. Las lágrimas se le caían solas nada más de impotencia. Lágrimas que incendiaban el recuerdo vil de su desgracia. Calamidad. La misma que lo había sacado de la escuela, hecho nacer en el seno de aquella familia, cercado como a un animal de presa, hasta forzarlo en medio del asedio a convertirse en una fiera.

Esa noche sentí la vida enmarañada lanzarme escupitajos, aullidos desesperanzados, excremento en la cara. Coprófago. Eso fui. Me paralicé en la indecisión. No salí a defenderte. Dudé. No sabía si hacerlo, ni cómo, andaba drogado, lo siento. Nada me excusa. Debí bajarme del auto, no dejarte solo, derrumbado en la amargura. Debí mostrarte cómo a alguien en el mundo le importabas, seguía creyendo en ti, no le daba lo mismo tu elección, tu destino. Lo siento. Quería hacerlo, pero no lo hice. Fui un pusilánime. Me puse a llorar en silencio pegando el rostro a la fría ventanilla. La vida se me antojó solazada en la crueldad. Verlo a usted derribado me dolió. Usted abatido era mi vencimiento. La derrota de todas las personas. El fracaso de una sociedad entera desde los cimientos. La vergüenza de los dioses de los pobres. El fracaso de las oraciones. Sentí repugnancia de mí mismo cuando caí en

cuenta de mi indolencia, viéndole correr escaleras abajo hacia las profundidades de su infierno, mientras yo me alejaba en el auto con mis amigos de juerga a continuar la fatua diversión también culpable, o implicada en este derrotero suyo.

Pasado este evento vergonzoso para mí usted desapareció. Se fue a Valencia, montó una banda, empezó a asaltar en grande, eso me dijeron. Luego supe que había vuelto con un tremendo carro para mostrarle a quienes jamás creyeron en usted, cómo usted era grande. De grandeza quiero decir. Seguro. Estabas destinado a sobresalir hasta en el fango.

Una angustia contenida por siglos envuelve cada segundo del ascenso por estas escaleras. Finalmente estamos frente a frente. Espero tu reacción. Sin quitarme la mirada te levantas la camisa para dejarme ver la pistola en tu cintura. Después de un saludo parco plagado de ironía me avientas a la cara que estás grande en tres palabras más mi nombre.

—Ahora sí podemos arreglar nuestro pendiente—, concluyes.

Me preguntas si me acuerdo. Te respondo que sí. Que me acuerdo. Me preguntas si estoy cagado de miedo. Te respondo que no. Porque precisamente ahora cuando tengo la muerte a una bala, no lo estoy. Más bien me siento afligido. Atribulado de ver el patético desfile de mi vida inútil recreada en la complaciente trampa de la desmemoria. Agradezco la ausencia de temor en este instante, porque uno a veces no es más que una madeja de miedos, teje su trama vital de cobardías, se cree valiente sobre la prolija urdimbre de las indiferencias, osado en su egoísmo, libre en la inercia. Duele darse cuenta tarde cuán cobarde uno

ha sido. Cuán pequeño, cuán mediocre, cuán insignificante uno ha sido. Envanecido por vivir como un número más. Sin voluntad propia ante la criminal inconsciencia e inacción del mundo. Estéril ante la necesidad y la tragedia de las grandes mayorías humanas.

Al final de este trecho irresoluto, luego de esta larga espera, optaste por sentir el privilegio de perdonar. Compadecido o consciente del poder presente en condonar, diste en lo justo. No fue grave lo hecho aquel día. Era injusto matarme por mi acción. Si me hubieras pegado el tiro por mi pasividad, seguramente habrías dado una puntada de equilibrio al universo. Te hubieses convertido en un emisario de la divinidad. Habría muerto conforme si me hubieras matado por lo que no hice.

Injusto fue tu final, tan joven. Que la vida después de habértela puesto tan difícil desde el principio, no te diera la oportunidad de aprender de tus errores, empecinada en arrastrarte vertiginosa hasta el asalto de ese banco en la avenida Las Ferias, donde encontrarías la muerte echándote tiros cara a cara con la policía. Frente a frente. Frontal. Valiente hasta el último momento. Tú, valiente. No como yo. Cobarde. Diciéndote todo esto tarde. Cuando ya no sirve para nada...

El medio bajo la lengua

Fue Hermes quien descubrió el cadáver cuando bajaba de la montaña, camino de Churuguara. Estaba recostado sobre el muro de la cascada, con las palmas abiertas vueltas hacia arriba. Inmóvil. El agua cristalina resbalaba por su cuerpo lavando dulcemente las heridas. Aún tenía cara de ilusionado. Daba la impresión de seguir vivo. El brillo de luna aposentado en el iris parecía continuar interrogando al cielo, atisbado por entre el ramaje de los yagrumos, ¿por qué?, pero ni qué hacer, tenía un machetazo en la cabeza, dos surcos profundos en el hombro izquierdo, la pierna derecha con una zanja bermeja en cuya hondura, más allá de la femoral destrozada, fosforecía el blanco gelatinoso del cartílago. No había duda, había sido asesinado anoche, la sangre estaba fresca, los ojos continuaban invadidos de preguntas. Debió ser larga la agonía. Tan larga como la noche. Cuál noche ha de ser más larga que la de la propia muerte, despedirse de las personas amadas y de uno mismo, invadido por el delirio de elaborar el recuento de su historia culminando. También fue larga la noche para el asesino. El motivo pudo ser cualquiera, porque estaban muy borrachos. No siempre se mata queriendo. Cuando eso ocurre, el asesino intenta huir del hecho, desea retroceder el tiempo, a sabiendas de que eso es imposible, no es capaz de fugarse tan siquiera de sí mismo. Cuando le cae la teja encima, aterrado de su situación, busca escapar. Tal así ocurrió anoche. El asesino inició la fuga. Luego la lluvia le amarró el sentido, la angustia le desorientó los pies, los árboles del bosque empezaron a murmurarle nombres para confundirlo, las lechuzas ulularon hasta desesperarlo,

el carpintero tocoteó con persistencia un guásimo entre la oscurana, hasta forzarlo, todos en conjunto, a deambular en círculos.

Uno siempre escucha cuentos: la esposa no durmió, la madre se despertó abruptamente con el nombre del hijo en la boca, las hijas soñaron con su papá siendo arrastrado por el cauce de un río turbulento mientras ellas corrían desesperadas para ofrecerle una rama que lamentablemente él no alcanzó a tomar. Se dicen siempre cosas parecidas. Los vivos no se van sin anunciarse cuando la muerte les sobreviene repentina. Aquí tampoco es tan distinto. El perro del muerto anoche no paró de aullar. Le escuchó pedir auxilio. En medio de los relámpagos pudo olfatear un luminoso machete cayendo repetidamente sobre su amo quien trataba de protegerse el rostro y la cabeza mediante una cruz hecha de miedo con los brazos. Los lamentos del perro avivaron en la esposa el presentimiento. Siempre es lo mismo, los muertos se anuncian, se dijo ella triste, enterada del presente quién sabe cómo. Salomón no es un perro común. Nunca lo fue. Mucho menos después del rapto padecido a manos de los duendes de la sierra falconiana, nada más que por la indolencia y la mala puntería de su amo. Un tiro mal pegado a una guacharaca sin necesitar su carne como alimento. El ave sufrió un día entero con su noche la agonía, en mitad de la montaña espesa, arrastrándose como podía, por instinto, hacia la camada de polluelos, dejada por su muerte violenta a merced del hambre. Los duendes, todas las personas conscientes lo saben, tienen inventariados los árboles, las quebradas, los aitones, los animales, los ríos subterráneos de esta sierra. Cada ave lleva una marca de duende en su ala, cada felino una en su oreja, cada pez una en su cola, cada mamífero

una en su pata. El viejo Celestino fue quien le recomendó a Juan esa vez buscar el perro por el mismo camino de la guacharaca herida, llevar en su bolso, tabaco, cocuy, un medio de plata, leche, todo para hacer la ofrenda. Juan se internó en la montaña. Tres días le costó encontrar a la madre, descompuesta, devorada por las hormigas. Entonces vio venir a unas personas enanas vestidas con trajes antiguos. Le reclamaron la caza del ave sin necesitar su carne para sobrevivir, ni él, ni su familia. Las crías de la guacharaca habían muerto. Cuatro muertes eran de su absoluta responsabilidad. El regreso del perro ameritaba una ofrenda de rescate más una promesa inviolable. La próxima vez vendrían por él. Como barruntan algunos, fueron en su momento por aquellos franceses disfrazados de geólogos, pero pertenecientes realmente a los servicios de inteligencia de su país, quienes bajaron por los aitones en busca de los ríos subterráneos haciéndose los motolitos excursionistas para poder mapear el gigantesco reservorio de agua dulce oculto bajo la sierra, tal como pasa con estos extranjeros de potencias imperiales, con las peores intenciones bélicas; pero jamás lograron salir del aitón, ni hubo poder humano capaz de hallarlos, ni vivos, ni muertos. A los franceses ya los duendes les habían metido un susto la primera vez que bajaron por uno de los aitones a tomar las primeras fotografías, pero como buenos cartesianos descreídos, pensaron seguramente que la aparición y la advertencia de esos seres era el resultado de una intoxicación con mescalina, o el efecto de un gas presente en los huecos verticales. Juan cumplió ofrenda y promesa.

Cuatro días estuvo abducido el perro en algún lugar y en algún tiempo de la Sierra de Falcón, pero a su regreso parecía haber pasado años sin comer. Llegó asombrosamente

más viejo, con los huesos vagamente cubiertos de carne, nada más forrados por un cuero flácido. Aunque nada impresionó tanto a los serranos como la profundidad en sus ojos; nunca nadie había visto una mirada igual en un perro, ni llegado a creer con tanta fe en la inteligencia sobrenatural de un animal. Por eso, cuando Flora, la esposa de Juan, le vio entrar en la cocina después de la tormenta, con el primer canto del gallo, con esa mirada eterna de quien lo ha visto todo, inmediatamente se preparó para seguirlo. Tomó dos huevos criollos del cesto de palma, buscó el medio de plata bendito escondido en el armario, y se colgó en el cuello el rosario de palo de rosa heredado de su abuela. Las niñas en ese momento dormían. Iban corriendo en un sueño por la orilla de un río con una rama en sus manos dispuestas todas a salvar a su papá. La esposa siguió al perro cuesta abajo por entre los árboles todavía temblorosos, dejando caer en su tiritar, leves gotas de agua desde sus hojas. Los pájaros a esa hora se despedían de sus nidos volando por entre las ramas hacia el cielo.

Salomón condujo a la esposa de Juan directo a la comandancia. Entraron justo en el momento cuando Hermes daba aviso a la policía de haber visto un muerto en la quebrada.

88 El perro presidió la comisión. Iban, la esposa, el prefecto, dos policías. Salomón llegó antes. Se quedó viendo a su amo, se acercó a lamerle las heridas, husmeó el rastro de la mano vista entre el fulgor de los relámpagos. Supo quién era. Las huellas de las alpargatas se adentraban en la montaña. En eso llegó la esposa de Juan. Se arrodilló a su lado. Le abrazó con un amor profundo imposible de describir. —Juan, Juan... —le susurró en secreto. Besó en silencio su frente mientras se le caían las lágrimas. Las

autoridades respetaron el ritual de duelo de la viuda, sin intervenir con la parafernalia esa de la escena del crimen. La mujer sacó de su delantal los huevos criollos, puso uno en cada mano del muerto y le pidió empuñarlos. El muerto hizo caso. Le abrió la boca. Le colocó el medio de plata debajo de la lengua. Hizo el rezo pasando entre sus dedos las cuentas exactas del rosario. Hecho esto, se volvió para mirar a los policías y habló con firmeza:

—Ahora sí, vamos a buscar al asesino.

El canto del pájaro campana rompió intempestivamente el mutismo en que iba inmersa la comisión por entre la selva espesa, silenciada como por encanto. El perro fue guiándoles montaña arriba con su olfato, sin dudar un paso. Antes de una hora hallaron al asesino orillado en un oscuro paso de quebrada, bajo unos árboles inmensos cuya tupida fronda de milagro dejaba colar un hilo de sol por entre las ramas. Estaba acurrucado, pálido, petrificado, viendo fijamente hacia ningún lugar, como esos que ya muertos se miran a sí mismos hacia dentro para tratar de perdonarse. Tenía la boca abierta, el medio bajo la lengua, los dos huevos criollos empuñados en sus manos.

Dominio

Cuando la sardina embelesada en el aroma de las especias empezó a sentir su cuerpo abrigarse deliciosamente en el suave aceite, ya estaba frita.

El gallo

Atravesar el solar de la enorme casa para ir al baño era toda una aventura. Desde la alta higuera seres invisibles te lanzaban piedras menudas, un ave oculta entre las hojas del frondoso mango bisbiseaba a tu paso y en el momento de mayor tensión, la tortuga emergía de entre la tierra, como un difunto saliéndose de sus entrañas. Todo en esa casa antigua te arrastraba a pensar en seres de ultratumba que de hecho deambulaban por ella de noche haciendo flotar velas encendidas. Enfrentarte a la gallina, sin embargo, era un peligro terrenal. Cuando menos lo esperabas la veías venir volando hacia ti con las garras por delante con intención de matarte. Únicamente servía correr, meterse en el baño rápidamente, cerrar la puerta. Salir demandaba refuerzos. Esa gallina brava era la mamá de Pica-Pica. El papá, según mi primo, era un guacharaco.

Cinco peleas ganadas llevaba Pica-Pica cuando le conocí. Hermoso gallo. Plumas color del fuego, cola negra con flamas naranjas, mirada fiera. Me sorprendió mucho ver a mi primo tratando a un gallo con tan excesivo cuidado. Lo sometía a exigentes rutinas de entrenamiento, como a un peleador profesional. Me llamó especialmente la atención ese ejercicio de colocarlo sobre una cuerda de alambre haciendo equilibrio durante horas, ver las piernas del animal hinchándose enrojecidas de sangre, los muslos y tendones fortaleciéndose. Pica-Pica tendría su sexta pelea en pocos días, iba contra un gallo del vecino pueblo de San Pablo. Mi primo hablaba con el animal, le hacía engullir pastillas de vitamina en horarios precisos, le

mantenía una dieta especial. Era su entrenador personal, masajista, cocinero, nutricionista, psicólogo. El gallo era su obsesión. Única actividad, monotema de conversación. Parecía enloquecido.

Nunca había ido a una gallera. Era de noche. Los reflectores en la fachada me encandilaron. La gente se agolpaba en la entrada para ingresar de primera. Estaba a reventar el sitio. Pasado el umbral de la puerta de acceso, en un pequeño salón alargado había muchas jaulas apostadas a los lados, encaramadas una sobre otra, con gallos dentro de cada una gruñendo inquietos, cantando nerviosos. Los galleros y apostadores se acercaban a las pajareras para observar de cerca a los animales a jugarse, con el propósito de auscultarlos, cada quien a su manera, antes de decidir por cuál arriesgarían su dinero. Olía a plumas, infundia de animal, sudor humano, sangre. Avancé hacia las luces. Descubrí asombrado el patio de pelea. Lugar donde los gallos combaten a muerte, frente a frente. Es un aro con el piso cubierto de aserrín, un anillo rodeado de bancas de madera ordenadas en filas ascendentes, similar a los asientos de los circos o de las plazas de toros.

92 La atmósfera era festiva, no obstante, había tensión. Bullicio en el pesado de los gallos, desconfianza en el amarre de las navajas, algarabía cazando las apuestas de un extremo a otro del palenque con la palabra de gallero empeñada como garantía inviolable. Me acomodé en primera fila, pegado al patio de pelea. Mi primo andaba cazando la apuesta grande, cubriendo la suma del compromiso con su dinero, más los aportes de los patrocinadores del gallo. Entre estos, yo con diez bolívares del ahorro de mis recreos. Un billete con la imagen del

Libertador Simón Bolívar y del Mariscal Sucre, todo a Pica-Pica ganador.

El contrincante era un gallo blanco, grande, más pesado que Pica-Pica. Venía invicto de cuatro duelos. En el cotejo mi primo cazó la pelea consciente de la desventaja en el peso, confiado en la raza fina de nuestro gallo, sumada a su incontestable preparación física de auténtico púgil profesional. El juez de arena llamó a pelea. Los galleros entraron en el aro girando lentamente por el redondel con los gallos izados en sus manos para enseñárselos al público, que, atizado, colmó el palenque a gritos. Vino el careo. Los animales, sostenidos por sus dueños en el centro del patio de pelea se carearon, alternaron picotazos en sus cabezas hasta enfurecerse. Se soltaron los gallos y empezó el combate.

En su primer vuelo chocan sus cuchillas en el aire produciendo un brillante sonido metálico. Caen al piso. Un nuevo vuelo y chocan los pechos. Estrellado contra la corpulencia del sampablero Pica-Pica cae patas arriba pero de inmediato se repone de un salto cuando el otro se le viene encima. Giran velozmente cabeza a cabeza con las plumas del cuello erizadas formando abanicos. Se miden. Se estudian. Se intuyen. Pica-Pica contraataca con vuelos ágiles, sucesivos, va con las espuelas por delante buscando perforar el cuerpo del contrario. El sampablero elude las cuchilladas yendo hacia atrás hasta el fin de la andanada de golpes y contraataca, pechea con fuerza a su oponente, se levanta en un revuelo y pega una patada a Pica-Pica en la cabeza que lo lanza violentamente contra el piso. Sin dejarlo levantar le picotea ferozmente la cabeza y esta empieza a descarnarse. Tiene mucha fuerza el

sampablero. Pica-Pica se le mete por debajo, cucarachea, logra levantarlo, elevarlo desde abajo, hacerlo caer de espalda, el sampablero se incorpora, embiste como un toro el capote pero Pica-Pica lo esquivo con agilidad de torero haciéndolo pasar de largo. El blanco se regresa como un gato, vuelven a reñir enardecidos, giran velozmente cabeza a cabeza intercambiando picotazos, amagan, se miden, preparan el siguiente vuelo. Pica-Pica ataca con todas sus armas, va por arriba, por abajo, lanza estocadas veloces hacia el pecho, las alas, la cabeza del contrario, pero no consigue herirlo. El sampablero esquivo los lancetazos y retoma la iniciativa, atropella con brío, Pica-Pica aguanta la embestida a pie firme, cae, se levanta, después de un salto corto contragolpea con otra serie de feroces espue-lazos lanzados uno tras otro, pero tampoco logra hacer daño. El sampablero resiste todo, es muy fuerte, parece invencible, deja atacar a Pica-Pica hasta cansarlo y pasa a la ofensiva brutalmente. Pica-Pica empieza a dar muestras de cansancio, se pone lento, de una pechada violenta el sampablero lo avienta contra las tablas. El golpe lo deja aturdido, se tambalea, intenta levantarse pero el blanco llega a tiempo para pecharle con otra embestida que lo estrella nuevamente contra el tablado del aro. Pica-Pica cae, está patas arriba. Torpe con las espuelas el blanco no encuentra la manera de acuchillarlo, da saltos cortos, rodea a su oponente, intenta ponérsele encima, pero Pica-Pica serpentea, se mueve mucho. El blanco desesperado por no lograr espuelearlo empieza a destrozarle la cabeza a picotazos, le apunta a los ojos, le arranca jirones de la cresta. La cabeza y la cara de Pica-Pica empiezan a convertirse en una bola gelatinosa de sangre en coágulos. La multitud grita enardecida. Tengo miedo de que maten a Pica-Pica. Me

niego a creerlo. La pelea empieza a ocurrir como en cámara lenta, me siento mareado, veo las luces borrosas, tengo la boca pastosa, veo la gente desenfocada. Un grito gangoso e intempestivo de mi primo, hecho con furia, me saca del aturdimiento como el retumbar de un trueno.

—¡¡¡¡Vamos Pica-Pica!!!!

Pica-Pica no puede levantarse, tampoco puede ver, solo atina a entorpecer los ataques del contrario enredándole las patas. El blanco gira sobre el caído, da pequeños saltos buscando acuchillarlo, intenta montársele encima pero Pica-Pica lo mantiene a distancia con las patas, evita como puede ser picoteado aún más en su cabeza descarnada, en su cresta hecha pedazos, en sus ojos cerrados por la sangre y por los hematomas. El blanco, nervioso, busca la manera, tantea, rebusca, quiere rematarlo. Pica-Pica se arrastra, va hacia atrás sobre su espalda como si huyera, el blanco lo persigue, le lleva nuevamente hasta los bordes del anillo, lo acorralla contra las tablas y repentinamente, después de mucho intentarlo, el blanco de un salto se le pone encima, lo inmoviliza con el peso, va a rematarle a picotazos. Pica-Pica esquiva los picotazos y se retuerce como puede por debajo. Serpentea sobre su espalda impedido por el peso del blanco, pero arrastrándose con dificultad logra acomodarse bajo el pecho del rival dejando las patas libres hacia los lados por un instante e instintivamente lanza desde abajo hacia arriba con violencia las dos navajas que brillan antes de entrar como un rayo directo en las sienas del sampablero. Un crujir de huesos se escucha en la gallera como si el tiempo hecho de espejo se quebrara de improviso. El gallo blanco se paraliza sobre Pica-Pica. La gallera enmudece. Un silencio infinito cubre

el palenque antes de romperse abruptamente con el agudo silbido producido por la sangre del sampablero saliendo a chorros desde su cabeza en tanto su cuerpo involuntariamente salta hacia atrás convulsionando, con los ojos virados hacia el cielo, dando giros mientras cacarea espantado y gruñe entre estertores hasta caer, muerto.

El grito de los ganadores inunda la gallera. Mi primo precipitado hacia el redondel de un salto levanta arrebatado el gallo exangüe. Gritamos:

—¡¡¡¡Bravo, Pica-Pica!!!! Faltaba que picara y pudiera mantenerse en pie. Tenía la cabeza destrozada, el cuerpo acuchillado tomado por espasmos, el ojo izquierdo afuera de la cuenca apenas sostenido por los coágulos. ¡Pero ganó! Y para empezar a curarlo, a Pica-Pica lo bañaron en ron...

La venganza de K

K emerge del subsuelo en la estación de Chacaíto. El día está soleado. Avanza por el bulevar. Compra un café de termo, un periódico de derecha. Se detiene frente a la sucursal ubicada en la intersección de dos avenidas, cerca de la autopista. Una bandada de guacamayas cruza el cielo graznando. Estudia el sitio, los alrededores; tráfico vehicular, cuerpos policiales, vigilancia privada, vías de escape. Enumera las calles accesorias. Tiene memoria fotográfica, dibujará el mapa cuando esté de regreso en su habitación.

En la fila de aspirantes encuentra ocho personas. Es el último. Ojea el periódico intentando evadirse de entablar conversación con alguien. Cada entrevistado promedia de diez a quince minutos. Llegado su turno la secretaria le invita a pasar. Entra. El cuarto de interrogatorio es angosto. Un modular de oficina de color gris con un archivador del mismo tono, más tres sillas negras, constituyen la totalidad del mobiliario. El entrevistador es un hombre pequeño con lentes grandes, nacido en Miami, hijo de connacionales, psicólogo de profesión. Las preguntas iniciales versan sobre el resumen curricular, trabajos anteriores, períodos de permanencia, motivos de retiro. La segunda serie de interrogantes indaga sobre las capacidades, motivación, “fortalezas”, “debilidades”. El evaluador permanece atento a cada movimiento facial, muscular del entrevistado. Ha recibido por cuenta de la empresa varios cursos de entrenamiento y capacitación destinados a aguzar su percepción en selección de personal. Puede captar la más leve de las indecisiones, descubrir una mentira velada, oculta en

cualquier expresión refleja. K responde con seguridad. Espontáneo. Conocer las preguntas de antemano constituye una ventaja. Ha tenido tiempo de ensayar cada gesto, palabra, modulación, tono de voz, velocidad en las respuestas.

–¿Qué clase de trabajador se considera usted, señor K?

–Proactivo, señor –responde.

El adjetivo es perfecto. Tipifica un obrero dócil, maleable, multifuncional. En esta empresa designa a un empleado dispuesto a freír papas, carnes, pollos, vaporizar panes, lavar vegetales, limpiar baños, atender mesas, preparar hamburguesas, reparar tuberías, sacar la basura, lavar el auto del supervisor si fuese requerido, todo por el mismo salario, sin quejarse, pedir explicaciones, ni arrugar la cara. Un empleado capaz de anticiparse a las órdenes por iniciativa propia, tal como lo indica la definición técnica del término, propia del racionalismo instrumental puesto al servicio de la psicología organizacional. Entonces vino la pregunta esperada, casi al final.

–¿Qué opina de los sindicatos, señor K?

–No estoy de acuerdo con los sindicatos, señor.

–Llámeme Terry, por favor –apunta.

–No estoy de acuerdo con los sindicatos, señor, Terry. Hacen daño a las empresas. Perjudican a quienes queremos trabajar. ¿Si las empresas se van del país, qué hacemos? Las personas trabajadoras somos las perjudicadas. No estoy de acuerdo para nada con los sindicatos.

Repetir esta respuesta ante el espejo infinidad de sesiones había logrado una aversión casi instintiva a la palabra “sindicato”. El truco adoptado consistía en pensar en

otra palabra o expresión. Verbigracia, cuando K escuchaba “sindicato” o “sindicalismo”, rápidamente pensaba en fascismo, imperialismo, Doctrina de Seguridad Nacional, Plan Cóndor, Alianza para el Progreso, ALCA, Escuela de las Américas. La pregunta por el “sindicalismo” formando parte del cuestionario de selección de personal de esta compañía transnacional, aunque cueste creerlo, sería una de las causales principales de la operación. Justificar su deseo de trabajar en esta empresa marcó el fin de la entrevista. Para cerrar, K extiende amablemente su mano al hombre pequeño de lentes grandes, le mira con tímida bondad, pide consideren su solicitud, reafirma ser un buen trabajador. Pretende dejar en la retina del psicólogo, en su último escrutinio, una impresión de subordinación incondicional pulsando en su cerebro.

Engañar a este evaluador constituye el primer paso. Si califica, lo sabe, vendrá una segunda entrevista. Un profesional de mayor experiencia le hará un segundo interrogatorio, más preciso, incisivo, definitivo. Por último, la compañía enviará los expedientes curriculares a la Policía Técnica Judicial para investigar pasado, presente, correos electrónicos, teléfono, perfil en redes de internet, grupo familiar, tendencia política de los preseleccionados. Podría parecer excesivo el protocolo de seguridad para preparar hamburguesas, limpiar baños, atender una caja de venta, pero no es así; por el contrario, las empresas extranjeras no confían cuestiones previsibles de seguridad a la suerte. Uno de los presidentes del país de su procedencia dijo una vez: “Confiar pero verificar”. Así es. Cada quien calcula. Previene. K también cubrió sus flancos.

En su desplazamiento por el bulevar, ensimismado en el repaso mental de la entrevista, K se percibe repentinamente

atropellado por los transeúntes. El paisaje se le cubre abruptamente de una pátina viscosa, se convierte en un espacio gelatinoso, desenfocado, donde los seres se desdibujan. Su cuerpo aísla los sonidos, los separa, los escucha fragmentados, estos se entremezclan hasta formar un ruido sordo. Se detiene. Algo no está bien en su organismo. Toma asiento en una banca de concreto, descansa unos minutos, compra un café de termo, un cigarro que se mete en el bolsillo de la camisa. Muchas veces hace esto, meter un cigarrillo en el bolsillo de su camisa para emergencias. Se calma viendo el pasar recurrente de las personas en su ir y venir por sobrevivir o sobresalir, angustiadas por el tictac de un reloj marcando a cada quien su palpito. Inhala un poco de aire.

—¿Soportaré trabajar en esta empresa si deciden contratarme? ¿Hace falta?

100 La interrogante, expresada en voz alta, ocupa sus devaneos hasta llegar a un cafetín en la avenida Francisco Solano López. Es asiduo cliente del lugar. Ordena un desayuno criollo, un jugo tres en uno, un café negro. Sentado en su mesa favorita, junto a la ventana, come con deleite las viandas mientras observa al trasluz del cristal la calle en movimiento. El nombre de la avenida le recuerda la infame Guerra de la Triple Alianza. “La Triple Infamia”, se dice a sí mismo. Argentina, Brasil y Uruguay, juntos contra el Paraguay. Unidos contra un pueblo hermano, en defensa de los intereses de la reina de Inglaterra. Se agranda en su memoria la heroicidad del pueblo paraguayo, dispuesto a entregar hasta la última vida humana antes de someterse a las fuerzas extranjeras. Se enciende el recuerdo de Francisco Solano López en su “incapacidad sublime de declararse vencido”, a la cabeza de un pueblo en armas, con la fuerza

arrolladora de un río crecido, titánico, colosal, consecuen- te, hasta entregar su último aliento heroicamente en bata- lla, a la par de sus iguales, en defensa de un proyecto sober- ano, libre: la República del Paraguay, cuyo ejemplo de au- todeterminación y dignidad, de extenderse o emularse en su momento, resultaba altamente perjudicial a los intereses del imperialismo inglés y el imperialismo estadounidense en la región. Francisco Solano López, caído en combate junto a sus huestes como ejemplo de compromiso por la libertad hasta la muerte, cual Lempira, Urquía, Guanentá, Guaicaipuro, Cuauhtémoc, Tupac Katari, Tupac Amaru, Micaela Bastidas, Lautaro, Bartolina Sisa. La firmeza de K regresa a su carácter con la sangre hirviente. Su obje- tivo indeclinable es ser contratado, realizar la operación, mostrar al mundo la inutilidad del imperialismo estadou- nidense a la hora de resolver las necesidades humanas y de los pueblos, evidenciar su indolencia ante los problemas ambientales, los conflictos humanitarios, solidarios, coo- perativos. La vacilación de preguntarse si podría trabajar en esta empresa, esa vergonzosa flaqueza, piensa, acaso encuentre su única justificación en el remanente de la ten- sión nerviosa derivada de la entrevista, sumada al esfuerzo mental del grotesco simulacro encontrándose en ayunas.

La comida le ha devuelto la lucidez. Agradece. Can- cela. Deja el periódico sobre la barra y se encamina ha- cia la Universidad Central de Venezuela. Acordó reunir- se hoy con dos amigos a propósito del plan en marcha. Uno de ellos es un físico, pirata informático, ingeniero electrónico, especialista en telecomunicaciones, nombre clave: Simón Rodríguez. El segundo es un químico puro, nombre clave: Leonardo Infante. Conversa con cada uno por separado. Extremar precauciones nunca sobra. Con la

geofísica, alias Yara y la agente, alias Urquía, se verá en los días posteriores, también por separado.

A las ocho de la noche, K regresa hacia el centro de la ciudad en un vagón del metro atiborrado de personas que retornan ansiosas a sus casas en busca de un descanso después de la extensa jornada laboral. Mañana todo volverá a repetirse para la mayoría. Huele a freno quemado en los túneles oscuros colmados de hollín. La sensación ondulante derivada de la velocidad del gusano mecánico, los chirridos incómodos producidos por la fricción del metal contra el metal, el silbar del viento desplazado ante el avance de la máquina, mantiene a todos alerta. Las caras son pálidas, cansadas, amarillas, somnolientas, los humores acres. En la estación de Parque Carabobo, K abandona el subterráneo. Hace frío afuera. La noche huele a frescor de lluvia. Ingresamos paso a paso en el parque donde el follaje de los árboles se estremece suavemente con la brisa. Toma asiento en el borde de la fontana. Se alela admirando, junto a las parejas de piedra sentadas en los bordes, la cálida sensualidad de las cuatro hermosas indígenas esculpidas por Francisco Narváez en el centro de la fuente, rodeadas de motivos vegetales. Le apetece recapitular el día en esta breve pausa de contemplación estética. Pensativo, paladeando las ideas como sabores, con la mirada puesta en el futuro, arroja por el aire una moneda a la pileta, acompañando su parábola con la petición de un deseo colmado de presagios. Se suspende viendo el hundimiento del disco plateado, cautivo en las burbujas de aire que ascienden desde el fondo del agua hasta expandirse sobre la superficie. Satisfecho, se levanta. Avanza hacia el norte pateando bolsas plásticas vacías arrastradas hacia el sur por una súbita ventisca fría descendida desde la montaña. *La tragedia de nuestros pueblos*

la acrecientan sus discordias. La división entre quienes desean una nación libre y soberana para vivir en libertad donde no haya esclavos ni siervos, y quienes desean como resabio de la servidumbre colonial, seguir siendo siervos o esclavos en la república, tener siempre un amo a quien tributar. Una forma de menosprecio de sí mismos, de su cultura, de su tierra ignorada, de sus habitantes desconocidos, de nuestras posibilidades, de la palabra dignidad. Bien dice Simón que “la mayor fatalidad del ser humano es no tener con sus semejantes un común sentir de lo que nos conviene a todos”. Este es parte del diálogo interior de K mientras camina, sumido en profundas reflexiones.

Después de comprar la cena a un vendedor callejero, encerrado en su cuarto de pensión, K lee la frase de John L. O’Sullivan, presente en el artículo publicado en *United States Magazine and Democratic Review*, en 1845: “El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia”. La cita le recuerda la “Carta a los españoles americanos”, escrita por Juan Pablo Viscardo contra la providencia argüida por los españoles para apoderarse de nuestros territorios y cometer las más atroces injusticias con la supuesta venia de la divinidad. Las preguntas, antes de dormirse, son las mismas dejadas a Rodríguez e Infante como tarea:

“¿Qué acciones ha ejecutado el imperialismo estadounidense en nuestro continente, amparado en su idea religiosa de pueblo elegido por la providencia, para imponernos su presunto destino manifiesto? ¿Qué beneficios o males nos ha traído la puesta en ejecución de esta conjetura teológica? ¿Por qué los imperialistas estadounidenses

se arrogan el derecho de ejecutar el plan de la divinidad en el mundo, en qué consiste dicho proyecto, por qué su dios nos desprecia?”.

Las preguntas podrán parecer metafísicas, pero las respuestas exigidas, satisfactorias, corresponden a hechos enumerables, cronológicos, cuantificables. Eso piensa K. También Rodríguez e Infante piensan esto luego de desvelarse con las mismas preguntas. Esa noche ninguno sueña.

A las nueve de la mañana del día siguiente, K recibe la llamada. Ha superado el primer filtro. Tendrá una segunda entrevista ese mismo día a las dos de la tarde. En la plaza La Candelaria contempla por varios minutos a un señor mayor que juega a girar un hula-hula en su cabeza y extremidades en el separador de la avenida Urdaneta. Seguidamente aborda una camioneta de transporte público. No usó el subterráneo por temor a un contratiempo. Tampoco deseaba padecer la asfixia en los vagones a la hora pico con su nerviosismo en vilo. A la una con cincuenta minutos está en el lugar. Cuatro personas esperan ser entrevistadas. Él es la quinta. Llegado su turno la secretaria le invita a pasar. El interrogatorio será en la misma oficina. La entrevistadora, como estaba previsto, es otra persona. Una elegante mujer rubia, psicóloga industrial, graduada con honores en la Universidad de Michigan, quien, casualmente, antes de trabajar para esta transnacional, laboraba en una empresa estadounidense de “contratistas de seguridad”, ubicada en ciudad de Panamá. Habla perfecto español sin perder el acento ni el dejo autoritario de los propietarios de los estados del sur estadounidense, otrora esclavistas. Es atractiva, fría, pálida.

—Pase adelante, señor. —Revisa el currículum para recordar el nombre—, K. Señor K.

Hecho esto continúa observando en un televisor de pantalla plana la transmisión satelital de una misa de agradecimiento por el triunfo y retiro de las tropas estadounidenses apostadas en Irak. K no recuerda haber visto este monitor de televisión en la entrevista pasada.

—Tome asiento, por favor —expresa con indiferencia, mientras continúa absorta en la pantalla, ignorándole.

K se acomoda cuidadosamente en la silla intentando producir el menor ruido. El desdén de la psicóloga le genera suspicacia. Examina las imágenes. El escenario parece concebido a propósito. La transmisión de la eucaristía da paso a una pomposa ceremonia de entrega de medallas a los “héroes de la patria estadounidense” de manos de su Secretario de Defensa. La soldadesca se atropella por fotografiarse con el Jefe del Pentágono, imaginando el orgullo de sus padres y sus madres cuando los vean retratados junto al Secretario de Defensa de los Estados Unidos, estrechando su mano, por qué no, dándose mutuamente un ligero abrazo, sonrientes. Esa foto, sin lugar a duda tendría un espacio privilegiado en la casa, pasaría a formar parte del patrimonio familiar por generaciones, constituiría una prueba fehaciente del sacrificio familiar por la patria estadounidense en su lucha por la “libertad” y los planes de “la providencia” allende sus fronteras.

K adivina la celada. Intuye las preguntas. Se anticipa. Fija su mirada en la pantalla hasta encandilarse con el brillo, recrea en su fuero interno el asesinato de sus padres, paso a paso. Sus ojos irritados por la luz, por el penoso recuerdo se humedecen. La saliva se engruesa al punto de costar tragarla. La profesional gira hacia él en ese momento con intención de iniciar el interrogatorio y enseguida, capta la afectación.

–¿Le conmueve esta noticia señor...K?

–Mucho –responde con la voz quebrada. Da alegría ver el fin de una guerra, señorita.

–Lamentablemente la guerra contra el terrorismo aún no termina. “Nuestra libertad es un regalo de Dios. Debe ser cuidada. Protegida. Defendida por su pueblo aquí en la Tierra”. ¿Cuál es su tendencia política, señor K?

–No me gusta la política, señorita.

–La política es importante, señor K. En estas repúblicas tropicales hay muchos problemas. Corrupción, caudillos mesiánicos reflejo de una ignorancia generalizada, propensión a la violencia, irracionalidad. Su democracia es débil, se violan las libertades económicas, el derecho sagrado de la propiedad, la libre empresa, los derechos humanos. Las palabras desorden, conformismo, mediocridad, definen estos países. Es una cuestión racial, señor K.

K no responde, estruja sus manos nerviosamente con cara de susto, pero la entrevistadora demanda una respuesta.

–¿Qué opina de todo esto, señor K?

–Bueno, señorita, no todas las personas somos iguales.

–En eso puede tener razón.

La psicóloga busca incomodarlo, hacerlo reaccionar a sus comentarios racistas.

–Debe tratar de casarse con una mujer blanca señor K, buscar mejorar su raza, borrar esa mala sangre indígena y negra que es evidente en usted. Este país nunca saldrá del atraso, ni de su ignorancia, ni de su barbarie con estas

razas, ni sin la ayuda de los Estados Unidos de América. Algunos dirigentes políticos y empresarios de este país entienden esta verdad evidente: ¡nosotros somos las ideas, ustedes la fuerza bruta!

Después de esta serie de impropiedades la mujer repregunta sobre los sindicatos, interroga a K sobre su familia, amistades, religión, películas, lecturas favoritas, aspiraciones. Solicita respuestas rápidas. Él responde velozmente a cada interrogante, con buen humor, espontáneo, con una candidez casi ridícula, imperturbable, como si no escuchase las ofensas de la ejecutiva o estuviese de acuerdo con sus opiniones. El objetivo del manual de selección de personal de esta corporación es escoger personas jóvenes manifiestamente despolitizadas, alienadas, influenciables, superficiales, ambiciosas, epígonos de los estereotipos culturales estadounidenses. K sabía esto con suficiencia. En la meticulosa preparación del personaje estaba su mérito. Lograr ese estado de ataraxia en medio de la presión de esta inquisitiva entrevistadora era un trabajo digno de un profesional, sorprendente.

—Las personas andinas somos tranquilas, señorita. Buenas trabajadoras. Buenas personas. Soy un buen trabajador. Puedo trabajar bajo presión, señorita. Quiero superarme. Solo pido una oportunidad. Llamen a mis antiguos patrones, a mis referencias personales, todos ellos pueden dar fe de mi capacidad como trabajador, de mi responsabilidad. Denme una oportunidad, señorita. Soy un trabajador servicial, proactivo, bien mandado dicen por allá en mi tierra, tengo buen humor para hacer las cosas, no pongo peros. Se lo aseguro, no se arrepentirán de contratarme.

A pesar de la carga de patetismo, un potencial carisma pudo ser vislumbrado agudamente por la psicóloga en el aspirante. Las palabras finales, la actitud menesterosa, cerraron con broche de oro una actuación memorable. La experta lo catalogó como el típico joven provinciano ingenuo, manso, despolitizado, influenciado, veladamente ambicioso, aspiracionista. La respuesta por la disponibilidad para iniciar labores inmediatamente cerró la entrevista. Lo llamarían si resultaba seleccionado. Antes de salir, sin embargo, como colofón, K extendió su mano a la mujer y aprovechó para declarar con mesura, nuevamente, su necesidad del trabajo, más su infinito agradecimiento futuro si llegaban a considerarle digno del empleo. Por un momento creyó haber exagerado, dejado aflorar su ironía involuntariamente, derrotado por la honestidad de su verdadero ser. Empero, la psicóloga esbozó una leve sonrisa. Esto lo tranquilizó. Asumió la deferencia como una buena señal. Volvió a colocar su practicada expresión de bondad agradecida y abandonó la oficina mostrando alegría. La mujer se quedó pensativa un instante. Este muchacho le recordaba a una persona. Sin acordarse a quién, esa misma tarde envió los currículos de los preseleccionados a la Policía Técnica Judicial.

108

Las investigaciones de los funcionarios judiciales confirmaron la información vertida en el resumen curricular. Provenía de una humilde y conservadora familia campesina merideña. Su correo electrónico estaba lleno de mensajes cursis y fruslerías, no usaba redes sociales ni mantenía contacto con persona, institución u organización relacionada con la izquierda política, ni con movimientos sociales ligados a la contracultura o al activismo progresista. No tenía amistades sospechosas de conductas antisistema, ni

antiestadounidenses. Básicamente era un inmigrante del interior del país, un tanto pueblerino en sus costumbres, conservador, sin vicios, ni muchas amistades, un solitario. Había cubierto hasta los mínimos detalles.

El viernes siguiente recibió la llamada. Había sido seleccionado. La empresa le convocaba a trabajar el lunes próximo. Pudo salir a celebrar, pero ni siquiera lo pensó. Debía mantener una conducta intachable, una total austeridad hasta consumir el golpe. El sábado se reunió con sus cuatro correligionarios por separado. La primera fase de la operación concluía favorablemente. Estaban dentro. Necesitaban repasar las tareas individuales, los pasos siguientes, sin perder de vista la sentencia de Theodore Roosevelt llevada por K a las reuniones: “En el hemisferio occidental, la adhesión de Estados Unidos a la doctrina Monroe puede obligarlo, en casos flagrantes donde se encuentre frente a determinada mala conducta o a determinada incapacidad, a ejercer, aunque se resistiera a hacerlo, un poder internacional de policía”. Necesitaban diseñar las acciones de respuesta anticipada a este corolario. Descifrar los movimientos previsibles del adversario. Forzarlos a girar sin sentido, evidenciar su vacío discursivo, sus inconsistencias, sus falacias.

Antes de abandonar el recinto K compartió con cada uno tres citas célebres, como estímulo. La primera, de Richard Nixon: “América Latina no le importa a nadie”. La segunda, de Barack Obama: “No existe una América Latina, existen los Estados Unidos de América”. La tercera, de George W Bush; “Es Dios quien habla a través de mí. De otro modo no podría yo hacer mi trabajo”. Después de constatar en el rostro de sus compañeros y compañeras, dibujada una sonrisa reflexiva, se despidió, deseando a cada quien feliz semana.

En el sueño de esa noche, subido sobre la barra del local de hamburguesas, K se verá gritar el Decreto de Guerra a Muerte promulgado por Simón Bolívar en Trujillo, marcando con la famosa arenga el inicio de la operación, obviamente trocando el sujeto de la frase. Al despertar, encontró el sueño una locura, una exageración onírica capaz de desembocar en un fascismo tan cruel como el fascismo imperialista al que se enfrentaba. “Ni siquiera como la fantasía de un grupo literario es viable o llegaría a ser permisible –se dijo entre sonrisas–. La ficción incide en la realidad, por eso es un arma peligrosa, los gringos lo saben perfectamente, la utilizan como herramienta de dominación y le temen”.

El fin de semana lo dedica a repasar películas sobre acciones similares. Toma abundantes notas. Escribe reflexiones precisas sobre tiempos ideales de ejecución, sincronicidad, pausas. Prevé los movimientos policiales, imagina el manejo de los rehenes, calcula posibles imprevistos, fija los motivos para obligarse a abandonar la misión, repasa las causas recurrentes de los fracasos en este tipo de acciones, las formas de escape, el método para la extracción del botín, las estrategias para el borrado de los rastros, finalmente, medita sobre una máxima moral impuesta en consenso: pase lo que pase, respetar la palabra empeñada. El desenlace del rapto de Michael Smolen como acción bélica en Caracas siempre le dio vueltas en la cabeza al compararlo con el secuestro de Dan Mitrione en Montevideo. Algunas anotaciones de este fin de semana, posteriormente se encontrarían dispersas por la habitación de la pensión en hojas sueltas, manuscritas, escondidas en libros clave. Otros apuntes serían hallados aleatoriamente o por casualidad, por los compradores de libros usados

en el Puente Fuerzas Armadas. Sitio a donde iría a parar gran parte de su biblioteca. Lugar donde decenas de investigadores policiales se verían exigidos a perderse en la búsqueda de pistas, para tratar de entender el final.

La noche del domingo, K volvió a soñar, esta vez con sus padres. Viajaban los tres en un autobús de ruedas muy grandes por una carretera de tierra trazada en medio de la selva boliviana. Tras pasar en chalana un oscuro río, un comando de la policía detuvo el vehículo. Sintió miedo. Su padre le pidió calma. Su madre sacó la cabeza por la ventanilla para espiar los movimientos de los uniformados. Uno de ellos trepó en la unidad con la intención de solicitar documentos de identificación, empezó a hacerlo, traía una pistola en la mano. Abajo empezaron a escucharse gritos de mujeres, llanto de niños, forcejeos, insultos. El policía se acercaba por el pasillo revisando cédulas. Otro oficial subió al vehículo quedándose en las escaleras de la puerta para pasear la mirada velozmente por encima de los puestos en busca de movimientos sospechosos o gente nerviosa. Su papá en ese momento martilló el revólver. Su madre sacó del bolso una ametralladora corta. Escuchó el grito de guerra de su viejo y de su madre y con el primer disparo despertó sobresaltado.

En tránsito a su primer día de trabajo, K va sumido en cálculos. La fase más difícil está por comenzar. Las premisas del culmen son inteligencia, paciencia, buen humor, servilismo, trabajo diligente, previsión. Anda desanimado esta mañana, posiblemente son los vestigios del trágico sueño. Espera revertir ese estado emocional antes de llegar a la empresa, donde una de sus funciones es permanecer sonriente. Un predicador evangélico aparecido en

el vagón del metro viene a salvarle del ensimismamiento. El hombre pregona exaltado la necesidad de un arrepentimiento culpable, vaticina el fin de los tiempos. Fanático, profetiza catástrofes, enfermedades terribles, epidemias devastadoras, cataclismos, frenéticamente promete castigos divinos para los incrédulos, citando el libro de las Revelaciones. Inesperadamente, un joven con cara de estudiante de Filosofía llama “falta de respeto” al predicador, por andar asustando a las personas a esa hora de la mañana exhumando un texto como el Apocalipsis, cuando la Biblia abunda en libros de sabiduría, salmos de alabanza, profecías de tiempos bienaventurados, parajes épicos de pueblos unidos en el trabajo, la hermandad, la fe, el amor al prójimo.

—¡Proverbios, Eclesiastés, Salmos! ¡Hermano, tú como que eres de la CIA!

La última frase del estudiante es dicha con tanta gracia y firmeza que el vagón entero se desternilla de risa, mientras el pastor ridiculizado entre carcajadas y abucheos se abre paso atropelladamente hacia la puerta. Cuando el predicador abandona el tren las personas vitorean al estudiante, palmotean su espalda, aplauden, recuerdan entre carcajadas la expresión desencajada del hombre descubierto en su miseria. K también ríe con ganas. El evento es tan inusual como esperanzador, lleno de claves culturales, históricas, geopolíticas. El humor de K tiende a ser solemne, peor aún, muchas veces, teórico. Debe estar pendiente de flexibilizarse. Lo sabe. La etapa a iniciarse lo solicita.

Al salir del subterráneo, K va directo al cafetín de la Francisco Solano. Desayuna con tres deliciosas empanadas de cazón, jugo de zanahoria con naranja, café negro

fuerte sin azúcar. Seguidamente entra al baño, se cepilla los dientes, se lava la cara, se pega dos cachetadas frente al espejo, recuerda los objetivos, entra en personaje. Llega puntual a su trabajo. Su rostro emana alegría, expectativa, incertidumbre, un leve nerviosismo, emociones comunes en el primer día de un nuevo empleo.

El gerente es el primer seleccionador, el hombre pequeño con lentes grandes. Recibe a K en la misma oficina de los interrogatorios antes de iniciar labores. Le explica sus funciones. Será ayudante de cocina para iniciar, porque en estas empresas, “modelo del sueño americano”, le explica, “se empieza desde abajo, para ir ascendiendo en función del mérito”. K pone cara de ilusión. Se le informa el monto del salario a percibir. Responsabilidades, horarios de entrada y salida, derechos, prohibiciones. K asiente a cada frase. Denota entusiasmo. Después firma, sin leer, para no parecer desconfiado, ni descortés, un contrato donde acepta estar sometido a una fase de prueba por tres meses. Las cláusulas del convenio suscrito eximen a la empresa de cancelar pasivos laborales si esta decide, a discreción, no contratar al empleado después de concluido este período, o, si por una u otra razón le despide antes. Concluida su recepción como empleado, rubricadas las leoninas condiciones de la especie de precontrato, el supervisor de área le entrega su dotación de uniforme: dos franelas, un pantalón, una gorra, un pin con el logotipo de la empresa, un carné con su nombre y fotografía.

Inicia friendo carnes, pollo, papas. Corta vegetales, abre panes, friega platos. En la tarde asea baños, lava pocetas, saca la basura, barre, pasa coletos, cepilla el área de trabajo, descarga camiones de insumos, vacía agua caliente en las

cañerías, limpia ventanas, carga las neveras con productos, recarga los dispensadores de bebidas. Ejecuta cada labor, una a una, vigorosamente. Parece incansable. Su fortaleza mental le permite realizar cualquier oficio encomendado, saltar de uno a otro, sin poner reparos, sonriente a toda hora. Es puntual, ordenado, previsor, buen compañero de trabajo, se lleva bien con todos, labora horas extras a voluntad de sus jefes, se dobla en turnos si es solicitado, hace suplencias cuantas veces sea requerido. Todo, tal como se apuntó, sin la menor expresión de cansancio, ni objeciones, ni amargura. Destaca sobremanera, por mantener sin tregua una actitud motivadora hacia sí mismo y hacia el grupo.

Un mes antes de finalizar su período de prueba, ante el despido injustificado de una empleada embarazada, K, tragándose la injusticia, “dejando hacer, dejando pasar”, “como buen liberal” –se dice esa noche en su cuarto–, la reemplaza como cajero. Función donde aumenta las ventas en un cuarenta por ciento gracias a su amabilidad e infaltable sonrisa, aunada a una particular destreza para persuadir sutilmente a la clientela de comprar siempre un producto más o un ingrediente adicional para su hamburguesa. Este carisma, esta diligencia, la obediencia inequívoca, su humildad; en suma, su astucia, le llevan a cumplir el segundo objetivo: es contratado. La primera semana del segundo mes de trabajo, K ocupa en la cartelera de logros el más alto lugar de la pirámide como empleado del mes. Se ha convertido en el más popular de los empleados de la sucursal, en un prospecto de la empresa. Después de estos logros, iniciando el tercer mes de labores le proponen ser supervisor. La noticia se le presenta como una sorpresa. K se emociona ante el reconocimiento. Sin embargo,

duda. Opina, con modestia, preferir trabajar con el grupo sin ser jefe, mantener la relación horizontal entre iguales, pero sus jefes obviamente insisten, poniendo de relieve sus condiciones de líder.

–Coordinar, supervisar, ordenar, mandar, no son tareas fáciles. Dirigir la “tripulación” de la nave a buen puerto, a veces en medio de la tormenta, conlleva responsabilidades mayores. Es un trabajo duro, muchacho, pero alguien debe hacerlo y tú, tienes el don. Cuando solicitaste el trabajo afirmaste querer superarte. Pues bien: ¡es tu oportunidad! ¡Eres un prospecto de esta empresa, un líder, no lo tires por la borda, muchacho!

Esas fueron las palabras. Casi extraídas del guión de una película hollywoodense plagada de clisés y estereotipos del “sueño americano”. K, por precaución, solicitó un tiempo para pensarlo. En el fondo temía sobrepasar los límites de su propia resistencia emocional. La idea de ser supervisor, capataz, esquirol, esbirro de una transnacional estadounidense, le resulta monstruosa, el grado máximo de la dificultad en el juego de la contradicción. Con todo, la oferta favorecía el plan. Se había ganado la confianza absoluta de sus “superiores”. Su deber era aprovecharla.

Si alguien de su pasado le descubriera luciendo orgulloso los símbolos de esta corporación, afanado en contribuir a la reproducción del capital de esta icónica transnacional del capitalismo neoliberal estadounidense, si le vieran comportarse, así fuera por un huequito, tan rastreramente servil con sus empleadores como lo hace, si se dieran cuenta de cómo adopta y adapta, sin prurito, los parámetros conductistas y gestálticos apropiados por el mercadeo para aumentar las ventas o manejar a los

empleados ahora sujetos a su vigilante supervisión, seguramente les costaría mucho creer estar frente a la misma persona que habían conocido otrora, en su infancia o en su adolescencia. Aunque siempre hay excepciones.

Un adagio popular apunta: “La gente cambia”. Eso justamente pensó uno de sus antiguos compañeros de liceo cuando lo descubrió lavando aplicadamente el baño de caballeros y sin ninguna vergüenza, K lo saludó con su mejor sonrisa, como si no fuese la misma persona circunspecta, combativa, beligerante, revolucionaria, de la Escuela Técnica José de San Martín. La necesidad obliga, pensó esta persona sonriendo disimulada, sin preguntarse nada más allá de la apariencia. No sospechó este ser superficial, ni remotamente, la condición emocional de su anterior compañero de clase, mucho menos pudo intuir o imaginar los esfuerzos realizados por este ser humano día a día para poder vencerse. Ni acaso por milagro adivinar el entrenamiento mental al que se sometía K en su cuarto de pensión todas las noches, ni la metódica estrategia de motivación llevada a efecto silenciosamente en el metro todas las mañanas o en la empresa mientras fregaba los baños visualizando el objetivo. Sería una persona más astuta, por oficio más detallista, experimentada hasta el hastío en las contradicciones humanas, quien al verle por primera vez en este trabajo, simplemente con preguntarse por las causas de la innecesaria puesta en escena, pensara exactamente todo lo contrario: “Las personas no cambian”.

Ciro era un ladrón viejo. Especialista en robo a joyerías, entidades bancarias, atraco a mano armada, asalto a blindados. Conocía a K desde la infancia. Desde cuando este apenas contaba a lo sumo unos cinco años. Eran

vecinos en el barrio El Manicomio. Allí, recuerda Ciro, vivía K con su abuela. En una casa grande con un solar lleno de árboles frutales. Una vivienda cercana a la suya, por eso lo conocía bien.

Los padres del niño, no obstante, siempre fueron un misterio. Nunca estaban. Eran una especie de leyenda de la comunidad, atenta a mantenerles protegidos en el anonimato, enviarles ayuda, contactarlos para el ingreso de nuevos combatientes a la célula. Dispuesta a brindarles protección coordinada en sus ocasionales visitas clandestinas a la casa materna donde habitaba el muchachito. Tras la muerte de la abuela, hará poco más de diez años, ese niño desapareció, pero ahora, apenas verle, lo reconoce. Físicamente ha cambiado poco. “¿Qué hace este carajito trabajando aquí?” se pregunta Ciro incrédulo. Enseguida detalla sus movimientos, su actitud de liderazgo, la farsa de moverse como pez en el agua. Un buen ladrón suele ser muy perceptivo. Esa misma tarde lo siguió hasta su lugar de residencia en la parroquia La Candelaria. Al día siguiente visitó a su señora madre en el barrio El Manicomio. Quería escuchar de su viva voz la historia de ese niño y de esa familia otra vez, aunque su progenitora, ya senil, tenga ahora esa forma fantástica de contar las cosas. Su señora madre, de un tiempo acá, cada vez con mayor frecuencia, mezcla eventos históricos, intercambia nombres, refunde lugares, cambia fechas de adelante para atrás, como si tuviera o controlara una máquina del tiempo.

—Esa era gente del general Pancho Villa, hijo. Gente de Argimiro Gabaldón. Gente de Simón Bolívar, Máximo Gómez y Antonio Maseo. Gente de Tupac Amaru, gente de Sandino y de Camilo Torres, gente del Che y de Fidel, gente de

Lucio Cabañas, de Zapata y de Genaro Vázquez. Tupamaros uruguayos, gente de las FALN, gente del MIR chileno, gente del Frente Patriótico Manuel Rodríguez: ¡Antiimperialistas estadounidenses, hijo mío! ¡Antiimperialistas estadounidenses! Como tu abuelo, como tu bisabuela, como tu hermano, como tu papá. Tú fuiste el único que me salió felón, aunque eres buen hijo. A los papás de ese niño los desaparecieron, murieron en un enfrentamiento en las selvas de Bolivia, salieron heridos fatalmente en el asalto al Cuartel Moncada, los asesinaron en los bombardeos a Marquetalia, cayeron combatiendo valientes en la Batalla de Ayacucho, junto al Gran Mariscal Antonio José de Sucre. Las tías después se llevaron al niño para Barinas o Mérida, cuando la muerte de su abuela, la casa ya sabes, la vendieron.

La historia familiar de Ciro entrañaba la complejidad descrita por su progenitora. Pero extrañamente hasta ese día no había tenido para él ninguna importancia histórica, ni sentimental. Sería por la avanzada edad de su madre, por sentir que sus delirios cada vez mayores la arrastraban definitivamente a una total desconexión con la realidad, acaso por haber descubierto por primera vez aquel día un brillo triste de lluvia en sus ojos ante el recuerdo de sus muertos, quizá por creer que a su viejita le quedaba poco tiempo en este mundo, o por alguna otra razón desconocida, inescrutable, pero a partir de ese día, exista explicación o no, la historia de su familia empezó a tener para Ciro, en las profundidades de su alma, una invasiva e ineludible resonancia. Empezó a importarle su pasado como causal fundamental de su presente. Se le agolparon repentinamente todos los recuerdos. La noche se le fue en vela observando la viajera luz de las estrellas titilar en la bóveda oscura. Desde la ventana de su cuarto, absorto,

pensó en la vida de su viejo, en su fallecimiento, en el trágico final de su hermano, en su lucha a muerte, en la irreductible pasión y valentía libertaria de sus ancestros.

Su padre afirmaba descender directamente de Guaicai-puro y de Urquía. Mil veces le habló de la batalla de Maracapaná. Le explicó que la tragedia nacional era la obstinada repetición del sabotaje de ese acuerdo de unión entre nuestros pueblos hermanos antes de ir a combatir a esa crucial batalla contra los invasores, como una sola fuerza reunida para sostener nuestra libertad. Afirmar nuestra identidad solidaria, festiva, comunitarista, nuestra hermandad, contra cualquier intento de dominación o desdén de nuestros valores como personas y como pueblos. Resolver el acertijo es romper con la rueda infinita de las repeticiones. Eso le decía su hermano. En ese intento de ruptura se le fue la vida. No podía dormir. En su horizonte ahora estaba este vecino de infancia, consecuente con la lucha de sus ancestros, para colocarle ante su rostro el inquisitivo espejo. Ya de madrugada tuvo que encenderle una vela a sus difuntos para conciliar el sueño.

En los días cuando Ciro descubrió a K trabajando en la franquicia, una reacción orgánica, defensiva, le flagelaba. Su cuerpo parecía exhausto de obrar contra sus principios morales, sociales, políticos. El organismo de K se rebelaba. Al salir de trabajar padecía desagradables mareos, sensaciones repentinas de vértigo, náuseas. Las arcadas le asaltaban en su tránsito en el metro, inoportunas, viéndose forzado a salirse del subterráneo de emergencia antes de llegar a su destino para vomitar en cualquier esquina oscura. La simulación lo estaba destrozando.

En las reuniones de esos días empezaron a ultimarse los detalles para realizar el golpe. K había insistido en permanecer todo ese tiempo abocado en inteligenciar a los directivos de la empresa. Además, quería tomar conciencia plena del modelo de administración de procedimientos productivos propio del “fordismo”, padecerlo desde la experiencia práctica, no pensarlo nada más desde la teoría. Sentirlo, entenderlo, para poder explicarlo posteriormente a otras personas con mayores elementos o incluso, poner a prueba algunas de sus premisas en otras relaciones de producción, en empresas de control obrero, en proyectos productivos comunitarios. Pero ya había sido suficiente. Había logrado copiar la llave de la puerta de extracción de la basura y por esta saldría Leonardo Infante después de realizar su trabajo amparado en la noche, secundado por el sabotaje de las alarmas ejecutado por Simón Rodríguez, quien a su vez ultimaba los detalles de la estrategia comunicacional previendo el bloqueo mediático a perpetrarse indefectiblemente, una vez iniciada la segunda fase de la operación. Urquía por su parte vigilaba la permanencia clandestina de todas las acciones. Yara terminaba de construir el túnel hacia el río Guaire. El golpe tenía fecha. La fase definitiva estaba en marcha. Entonces Ciro apareció para complicar el asunto.

120

Después de investigar con sus amigos, con las amistades de su padre y de su hermano, reservadamente, si K estaba intentando conseguir armas o ya las había comprado, sin obtener de la pesquisa resultado alguno, Ciro enrumbó su moto hacia la sucursal, justo una semana después del primer encuentro. Aparcó en el estacionamiento. Entró. K atendía una de las cajas. Él se formó en esa fila. Llegado su turno le buscó la mirada. K sonrió amable. Le saludó

como a cualquier cliente, pero en el acto percibió la sonrisa socarrona dibujada en el rostro del viejo zorro. Ciro, asumiendo un aire triunfal, pidió una hamburguesa con muchos ingredientes adicionales para permanecer más tiempo en la caja clavándole la mirada. K tomó el pedido, con tranquilidad, incluso esbozó un gesto de tibia conmiseración no captado por el delincuente. Ciro cree tenerlo en sus manos. Ufano, sentado en una mesa, mastica lentamente su hamburguesa, bebe un sorbo de refresco, moja las papitas en la salsa de tomate, le observa fijamente para reiterarle el haberlo descubierto. Detalla minuciosamente el local. Número de vigilantes, cajas registradoras, movimiento de venta, entrada y salida de la clientela, ingreso hacia el área de producción, número de puertas, baños, material de los techos. En ningún momento duda de su intuición: un plan está en marcha. Termina su comida, se limpia la comisura de los labios con una servilleta, va hacia el mingitorio. Seguidamente abandona el lugar, no sin antes recorrer la parte trasera de la construcción, identificar las puertas de carga y salida de desechos. Esa noche espera a K en la plaza de La Candelaria. En la esquina de Cruz. Enfrente del restaurante El Quijote.

Sin dar tiempo a imprudencias, cuando K lo descubre se le abalanza, saca el cigarro de emergencias del bolsillo de su camisa y le pregunta, como a cualquier desconocido, si tiene fuego, si puede prestarle un encendedor.

—Pueden estarte siguiendo, Ciro —le dice entre dientes mientras se agacha a encender el cigarrillo haciendo la respectiva cortina corta viento con las manos—, espérame en El Torero mañana a esta misma hora, en la calle Maury de Catia.

–Sé dónde es.

–Gracias, hermano –expresa K, mirándole de soslayo luego de encendido el cigarrillo, después levanta el dedo pulgar en señal de agradecimiento, le guiña un ojo con complicidad y se aleja.

A la misma hora del siguiente día, tras los saludos acostumbrados en los encuentros casuales, “cuánto tiempo hermano”, “dónde te habías metido”, más las frases nostálgicas de rigor en recuerdo de los familiares, amigos, situaciones, Ciro y K se invitan mutuamente una cerveza. Sentados en una de las mesas de madera, justo debajo de los cueros de anaconda, con Los Satélites sonando en la rocola como telón de fondo, Ciro inquiriere sin preámbulos:

–No me como el cuento de tu capitulación trabajando para el enemigo. –Da un sorbo–. Mucho menos en un momento histórico como este, favorable a las ideas de tus viejos, a las tuyas. Algo tramas K. Quiero estar dentro. Si no aceptas, te delato.

–También a las ideas de tu familia Ciro. No lo olvides. Dame tres días. Necesito averiguar si eres agente encubierto. Si no es así, estás dentro. Si encuentro algo sospechoso puedes denunciarme. La única consecuencia en este momento sería mi despido.

La velocidad de la respuesta más el recuerdo de su progenie a quemarropa puso a Ciro en guardia. Temió estarse metiendo él mismo en una trampa, pero ya era tarde. K llevaba preparada la respuesta, esperaba el careo. Desde el primer día, cuando le observó entrar en el restaurante procurando no ser visto para detallar sus acciones sin ponerlo alerta, previendo el giro de los acontecimientos había ordenado a Urquía investigarlo. Saber en qué andaba.

Si tenía expedientes abiertos, causas sobreesidas, si estaba siendo investigado o vigilado, si formaba parte de un cuerpo policial o militar nacional o extranjero como agente. Urquía trabaja en los servicios de inteligencia. Ninguno de los pasos de Ciro desde ese día hasta el momento del encuentro resultaba desconocido para K. Días antes había discutido con el grupo la posibilidad o la obligación de incorporar este elemento nuevo si resultaba ineludible. Sin más por decir, K terminó de un sorbo su cerveza y se despidió. Como único requisito para la próxima reunión, le solicitó investigar una declaración del presidente estadounidense William Taft, pronunciada en 1912.

Con el resto del equipo la última junta, hecha por separado, se llevaría a efecto en los dos días siguientes.

K inicia la conversación con cada integrante recordando las palabras del viejo en el cuento *Ese hombre*, de Rodolfo Walsh: “A los imperios no los derriba nadie. Se pudren por dentro, se caen solos (...) Cuando alguien los empuja”.

—El objetivo es empujarlos. Conducirlos cuidadosamente en cada paso a tomar la ruta equivocada. En conjunto, no debe olvidarse, toda esta operación es una gran celada.

Después de los diálogos introductorios repasan fundamentos, implicaciones, responsabilidades, orden de las acciones, sincronidad, tiempos de ejecución, causas de una ineludible interrupción, predicciones meteorológicas, vías de escape, lugares de ocultamiento, precauciones necesarias después de los eventos a sucederse.

Facundo Infante finalmente no estará en el local. Su lugar lo tomará Ciro. Infante asume nuevas responsabilidades en

la fuga, conjuntamente con la estrategia integral de defensa. Rodríguez ha diseñado la campaña educativa, el plan de medios, articulado la red de replicantes en portales y medios digitales, prensa, radios, televisoras, contratado a pregoneros en áreas rurales. Estas personas están alerta, a la espera de la orden. El túnel de Yara está culminado, los equipos en su sitio, la predicción del tiempo setenta y dos horas después del inicio de la operación es la prevista. Los cuerpos de seguridad permanecen vigilados por Urquía. Su monitoreo durante el curso de la operación será crucial. Conocer sus movimientos, sus pasos siguientes con antelación, resulta indispensable. El primer paso de la operación se activa con la arenga. El segundo se desprende de la incapacidad del gerente para ofrecer una respuesta histórica satisfactoria a la famosa pregunta presente en los manuales de selección de personal y generar con esto una liberación inmediata de las personas retenidas. La tercera etapa se activa como respuesta a la negativa del Gobierno estadounidense y de la transnacional a pagar un rescate en metálico porque afirman no negociar con “terroristas”. El cuarto paso es el cambio diametral en las exigencias, trocar el rescate en dinero por demandas educativas cuya responsabilidad de ejecución será colectiva, dialógica sobre las preguntas, como forma solidaria de salvar a las personas retenidas. Previsiblemente la discusión de estos temas en los medios exacerbará los ánimos, desatará protestas frente a las sucursales de la empresa y en las embajadas estadounidenses. Hará perder la paciencia rápidamente a los personeros del Departamento de Estado. Seguidamente, como anuncio del quinto paso, será posible escuchar la frase de Roosevelt, o en su defecto una oración similar de Elliott Abrams, cuando este personaje operaba como

Secretario Asistente de Estado en el Gobierno de Ronald Reagan: “No podemos ceder nuestra responsabilidad de proteger nuestros intereses a un comité de países latinoamericanos... La idea de que, si tenemos intereses en juego, debemos preguntar a los latinoamericanos qué hacer al respecto, es equivocada”. Perfecto. El Gobierno estadounidense después de esto exigirá la liberación inmediata de los rehenes, acusará al Gobierno nacional de ser el autor intelectual de la operación. Las corporaciones de la información masiva repetirán esta conjetura abonando el terreno para legitimar una acción bélica sin importar las víctimas. Los voceros nacionales del fascismo saldrán en marchas a hacerse eco de las declaraciones del Departamento de Estado que, con el lecho dispuesto, ordenará a la cuarta flota moverse por el Caribe hasta fondear frente a nuestras costas. Las cosas obviamente no van a salir siempre como se planifican. También esto está previsto. No solo ante una amenaza de invasión inminente se dará el paso seis. El más impactante. K liberará a las personas retenidas sin dar tiempo a una invasión criminal u otra situación de evidente puesta en riesgo de las vidas de los retenidos solicitando, antes del último acto, a los pueblos del mundo, la continuidad en los procesos educativos, la difusión, la discusión pública de los resultados de las investigaciones sobre los temas planteados. Hecho esto, K tomará la decisión.

El próximo encuentro con Ciro inicia con el enunciado de William Taft: “No está lejano el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. El hemisferio todo nos pertenecerá, como de hecho, ya nos

pertenece moralmente, por la virtud de la superioridad de nuestra raza”.

–La pregunta es, ¿cuál raza? –inquire K mirándole fijamente a los ojos.

Ciro, un poco turbado, se limita a reírse. K obvia la introducción dada a los demás integrantes del equipo. La estrategia adecuada para el justo desarrollo de la operación es dejar a Ciro en la ignorancia de los verdaderos fundamentos y objetivos, promover que siga pensando en un asalto a mano armada con botín en billetes circulantes. Ciro agradece enterarse de ser sujeto de un seguimiento policial desde hace más de un año, incluida en esta vigilancia la intervención de su línea telefónica esporádicamente. Conocidas estas circunstancias, dice, acrecentará las precauciones. Es aceptado en la operación con el nombre clave de Atanasio Girardot. Recibe algunos materiales de estudio: libros, películas, planos de las tuberías de desagüe, una lista específica de sus responsabilidades, más una de precauciones para antes y después del golpe.

Mientras avanza en la revisión de los materiales de estudio, Ciro empieza a fascinarse, cada vez más, con la suma escrupulosidad en el cumplimiento de tareas, la meticulosa preparación de cada fase de la operación, con el profesionalismo del equipo de trabajo del que ahora forma parte. La admiración, no obstante, empieza a sembrarle dudas. Una operación tan compleja, tan costosa, tan bien planificada, debería hacerse por más dinero, tal vez por otra causa más importante. Desconoce los datos decisivos. Datos ocultos deliberadamente por K para concatenar efectos con causas y otorgar verosimilitud a un giro inesperado que sorprenderá inclusive a uno de los

ejecutantes de la acción. Nadie olvidará por ese giro la condición histórica, cultural, educativa, sensible, política, mítica del golpe.

La acción se ejecutaría el día del “Amor y la Amistad”. Faltaban tres días para la fecha. Simón Rodríguez bloquearía en la mañana los sistemas electrónicos del sector de la ciudad donde está ubicada la sucursal de la transnacional. Las tarjetas de débito o de crédito no pasarían, la venta sería en efectivo, el botín en billetes circulantes. La noche anterior, alias Leonardo Infante ejecutaría su trabajo de especialista dentro del local, con extremada precisión. Ni el personal de limpieza notaría al día siguiente en el aseo de la mañana el cableado hasta el momento de la violenta revelación.

Con el transcurrir de los días, Ciro empezó a sentirse cada vez más extraño. Tuvo varios sueños con su padre hablándole de Maracapaná. La noche precedente al hecho, empero, soñó estar dentro del local de la franquicia, en plena acción. Buscó al gerente, un hombre pequeño con lentes grandes, por orden de K. El hombrecillo lloraba invadido por un ataque de pánico. Le obligó a abrir la caja fuerte. Llenó diez bolsas negras de basura con billetes e intentaba salir del recinto cargando con algunas cuando, como advenida de un sueño aún más profundo, escuchó la voz de K llamarle por su nombre clave: “¡Atanasio Girardot!” En el mismo instante se vio repentinamente transportado a la Batalla de Bárbula. Descarga tras descarga, tiros iban, balas venían. Él iba peleando junto a su hermano, hombro a hombro. A fuego limpio hacían retroceder a los realistas. El Ejército Libertador avanzaba hacia la cima de la montaña entre una lluvia de balas con

él y su hermano a la vanguardia. De pronto vio caer a su lado herido de muerte a su hermano con un tiro en la cabeza. Desesperado por el dolor, viéndole morir, emitió un grito sordo de furia antes de arrojarle hacia la cima de la montaña disparando temerariamente hacia los enemigos. Una descarga de los realistas le obligó a esconderse detrás de un camoruco en posición defensiva. De repente estaba de nuevo junto a su hermano quien milagrosamente había vuelto a levantarse y le acompañaba sonriente detrás del árbol, sacando a ratos la cabeza para disparar hacia el cerro e incitándole a iniciar la nueva arremetida. Sordo por los cañonazos, mientras avanza ve a los realistas abandonar la cumbre de la montaña y huir en desbandada en un desesperado repliegue hacia Puerto Cabello. Decidido, corre hacia la cima para tomar posesión del cerro y sin pensarlo, con la cara rebosante de emoción, clava con fuerza la bandera patriota en la tierra, pero en simultáneo siente el fogonazo, un plomo ardiente perforarle la carne, partirle los huesos del pecho, atravesarle el corazón. Agoniza. Ve el sol derretirse. El Libertador está arrodillado a su lado. Le dice unas palabras con un gesto de inmenso cariño, pero él, sin lograr entender el contenido de las voces, regresa abruptamente a la escena del golpe. Yace sentado, sudoroso, en una silla. Está mesando sus cabellos tratando de comprender hacia donde ha girado la operación. Como en un trance hipnótico se ve arrastrado hacia otra parte del mismo sueño donde su señora madre recostada en una mecedora de madera le repite: “¡Antiimperialistas españoles, antiimperialistas estadounidenses, hijo mío! Como tus tatarabuelos, como tu abuelo, como tu bisabuela, como tu hermano, como tu papá. Tú fuiste el único que me salió felón, aunque eres buen hijo”. Despertó asustado. Dudó si

era un sueño premonitorio o una simple muestra onírica de sus más profundos miedos.

K, entretanto, esa misma noche soñó con la explosión luminosa, la lluvia torrencial, los ríos caudalosos, las quebradas antiguas del inmenso valle creciendo desmesuradas. El agua cristalina arrastraba a su paso todo cuanto había invadido este sagrado territorio. Era de nuevo la gran inundación del mundo, como en el origen de los tamanacos. La linfa cubría de fertilidad la tierra, una plétora de peces de colores hacía piruetas en el cielo, el veloz colibrí volando a ras sobre las aguas llevaba en su pico el fuego, cada signo preludiaba un nuevo comienzo en los infinitos nacimientos de los hombres y mujeres de moriche. Al cesar la lluvia, K se vio bogando en su curiara por un diáfano río de corriente calma que surcaba el firmamento. Las guacamayas anunciadoras de la vida en gestación le acompañaban en su navegante vuelo hacia la mar Caribe. Lo sabía. Iba a convocar nuevamente a los pueblos a la gran convención de Maracapana.

El mediodía decisivo, Ciro se detiene en una agencia bancaria para intentar sacar dinero de uno de los cajeros electrónicos. Quiere comprobar el primer paso. Sonríe cuando lo verifica. El sistema informático está caído. Las personas se quejan, murmuran, imprecán, ignoran la situación insospechada. La primera etapa del plan ha iniciado. Satisfecho en el recuerdo de quién es y quiénes han sido sus ancestros, Ciro avanza por el bulevar, encaminado firmemente hacia el lugar de los acontecimientos. Compra un café de termo más un periódico de derecha. Se detiene frente a la sucursal. Una bandada de guacamayas cruza el cielo graznando en dirección de la montaña.

Observa el sitio, los alrededores; tráfico vehicular, cuerpos policiales, vigilancia privada, vías de escape. Enumera las calles accesorias. Nunca más olvidará este mapa.

Índice

Índice

La libertad según los araguatos	9
El pueblo donde mataron a Dios	13
La niebla se fue cerrando	24
Besitos a cien bolívares	33
Traslado perfecto	43
Con la más tersa calma	60
Noche sin luna	66
Baladrones	79
El medio bajo la lengua	85
Dominio	90
El gallo	91
La venganza de K	97

La libertad según los aragatos
Se imprimió en el mes de septiembre de 2021
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo,
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

La libertad según los aragatos nos muestra una secuencia de relatos con una grandiosa destreza escritural, estilística y poética. Además emplea perfectamente el recurso de la ficción que nos conduce armónicamente hacia nuestra raíces venezolanas con una vasta tradición cuentística.

NELSON ENRIQUE CHÁVEZ HERRERA

Caracas, 1975. Escritor e investigador, licenciado en Filosofía por la UCV, diplomado en Economía Política por la UBV y maestrante en Estudios Latinoamericanos en la UNAM. Especialista en la obra de Simón Rodríguez. Entre sus publicaciones se encuentran: *Primeras Constituciones, Latinoamérica y el Caribe*, (comp.) (2011); *Los restos del Cholo Facundo* (2019), merecedora del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca en su mención Crónica (2018); la obra de teatro *Pregúntale a Lorenzo* (2019), merecedora del Premio Nacional de Dramaturgia César Rengifo (2018); la historieta gráfica *El pueblo donde mataron a Dios* (2019); y *Simón Rodríguez, Bolívar contra Bolívar* (comp.) (2019).

